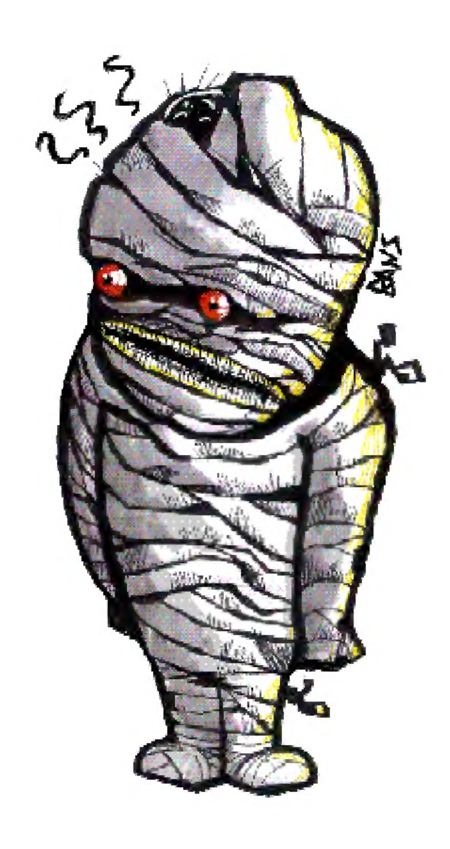
CANOPE I



Ferrán Clavero
Santiago Eximeno
Francisco Ruiz

CANOPE I

Antología de microrrelatos viscerales



http://www.edicionesefimeras.com

Impreso en España

Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, el cuento ultracorto está extendiéndose de manera notoria. Ha pasado de ser un completo desconocido a convertirse en un género literario más, con una presencia cada vez más palpable, un público incondicional y practicante, y logros más brillantes. El microrrelato está siendo trabajado, en la actualidad, con mejor o peor fortuna por abundantes escritores que se han movido siempre por las extensiones cortas. Las antologías se han ido sucediendo y, lo más importante, se ha abierto un debate teórico con varios artículos y textos que empujan irremediablemente a su asentamiento. A pesar de que existen antecedentes claros en el apólogo, ya desde la Edad Media, el relato hiperbreve parece la herramienta idónea para acercarse al mundo en este momento donde la prisa es reina y donde la lectura se ve relegada al tiempo de viaje hasta el centro de trabajo, donde la inmersión literaria es un brevísimo chapuzón. El ultracorto va camino de convertirse en un artefacto perdurable.

Francisco Ruiz Fernández y Santiago Eximeno son de esos autores que, apasionados por el cuento, han hecho suyo el microrrelato. En abril de 2004, iniciaron una experiencia original e inédita en nuestra literatura... y en nuestra red. A través de sus respectivos *blogs*, *Efímero* (***http://blogs.ya.com/efimero***), en el caso de Eximeno y *Eterno* (***http://blogs.ya.com/eterno***) en el de Ruiz Fernández, tejieron un tapiz de hiperbreves con una desbordante capacidad creativa. El proyecto surgió al tratar de responder, sucesivamente, cada uno a un ultracorto del otro en cuestión de días e incluso horas, en una explosiva necesidad de creación continua. Como resultado, tenéis ante vosotros *Canope*, una suerte de cadena ininterrumpida de historias, breves chispazos y escalofríos que exploran el microrrelato con libertad e imaginación.

Santiago Eximeno y Francisco Ruiz Fernández comparten, además de amistad y el *fanzine* electrónico de mitología y ficciones *Qliphoth*, que coeditan, su gusto por el terror y la literatura fantástica. Ambos géneros encuentran en el microrrelato un nuevo espacio idóneo para sus intenciones. La condensación, la intensidad, el cambio de perspectiva y los giros y sorpresas que suelen acompañar a los cuentos ultracortos, donde la historia se reduce a sus elementos principales, a lo esencial, se presentan como un espléndido caldo de cultivo para desarrollar ficciones en las que se altera la realidad, que sacuden al lector y que le hacen levantar la vista del texto con incertidumbre.

En la vasija de *Canope* se encuentra todo eso: una serie de temores escondidos, de esquizofrenias a duras penas sostenidas, de muertos y seres sobrenaturales que se pasean sin decoro entre sus

palabras. Su lectura continua proporciona una cadencia de inquietud sin tregua, una sucesión de círculos concéntricos por donde la razón y la cordura se escapan de nuestro control.

Por fortuna, aún sigue habiendo escritores inconformistas e inquietos que miran a la literatura a los ojos sin bajar la vista, y la aventura de *Canope* así lo demuestra.

Alberto García-Teresa

Octubre de 2004

NOTA DEL EDITOR

Bienvenidos a *Canope*, la primera antología visceral de microrrelatos editada por Ediciones Efímeras. Esperamos ansiosos que el proyecto tenga continuidad, y que ésta primera antología sirva para permitir que descubráis una faceta de la literatura, el relato hiperbreve, muchas veces denostada injustamente.

Al tratarse de una antología compartida por dos autores y tener su origen en sendos blogs literarios enlazados de una forma ciertamente particular, hemos optado por incluir los relatos en el orden en el que aparecieron en su formato original, dando comienzo con un relato de Santiago Eximeno y terminando con un relato de Francisco Ruiz Fernández. Para facilitar la identificación del autor de cada relato, junto al título incorporamos una leyenda con las dos iniciales del autor y el número del relato.

Queremos agradecer también desde Ediciones Efímeras la participación de Ferrán Clavero, uno de los ilustradores más personales y fascinantes que hemos conocido, en *Canope*. Con sus ilustraciones ha aportado el condimento apropiado que necesitaba esta antología para convertirse en un banquete exquisito.

Disfrútenla.

EL SOBRE NEGRO [SE01]

Entré en mi despacho esbozando una sonrisa. Laura, mi secretaria, me saludó con un gesto casual sin apartar la mirada de su monitor. Dejé mi gabardina a un lado y me senté. Sobre la mesa alguien había dejado un sobre negro. Lo abrí y extraje de su interior una cartulina del mismo color. Sorprendido, fruncí el ceño. Junto al sobre se apilaban varias hojas negras, dobladas y arrugadas. Abrí la puerta del despacho y me dirigí hacia Laura. Su bello rostro estaba pálido.

—No... no tiene sentido —murmuró, dejando caer su bolso al suelo mientras se levantaba.

Varias tarjetas negras se desparramaron por el suelo enmoquetado.

Laura corrió por el pasillo hacia los ascensores, murmurando incoherencias. Aún aturdido por la escena, volví a mi despacho y encendí mi ordenador. No había imagen, sólo aquella inesperada negrura. Busqué en mis bolsillos y miré en el interior de mi cartera. Billetes, tarjetas, carnets... Cartulinas negras sin valor alguno.

Caminé hasta la ventana y la abrí. El rumor de los coches ahogaba todo rastro de vida. El cielo, hasta hace unos pocos minutos de un hermoso color azul, parecía una gran mancha de tinta oscura. Algunos edificios permanecían sumidos en las sombras; otros, simplemente, habían desaparecido.

Entonces se apagó la luz.

Y comenzaron los gritos.



EL SOBRE NEGRO [FR01]

El día era gris y anodino. Llovía con gran intensidad mientras regresaba del trabajo. De repente surgió un individuo, doblando una esquina, y se dirigió corriendo hacia mí. Sin decir nada, sin detenerse siquiera, me depositó algo en la mano. Me quede allí, completamente desconcertado bajo la lluvia, sin saber qué hacer ni qué decir.

Se trata de un sobre, de papel negro como la pez. Lo estudié mientras mi mente navegada en un mar de dudas. En su reverso tenía un extraño sello grabado en lacre sangriento.

Iba a tirarlo a una papelera, asqueado, cuando me sorprendió descubrir mi nombre escrito junto al lacre. La grafía era estilizada y anticuada, en tinta blanca sobre el papel negro. Parecía increíble: mi nombre, mi dirección completa (sin el error de la letra de la puerta y que esa misma mañana había cambiado) estaba allí. Anonadado, le di la vuelta, curioso por saber a quien iba dirigida *mi* carta negra. Un nombre y unos apellidos, por completo desconocidos. Y nada más: ni dirección, ni ciudad, ni país...

Alcé la mirada buscando al hombre que me había entregado el sobre. Ya se perdía entre la multitud. Aun así pude apreciar por un instante sus ropas sucias y harapientas, de vagabundo. Algo en sus pies me llamó la atención. Por increíble que pareciera, corría descalzo. Y gritaba. La distancia, aliada con la densa manta de agua, iba apagando poco a poco su voz, pero juraría que estaba aullaba preso de una alocada fiereza.

Volví a fijarme en el sobre. Para mi sorpresa había cambiado: mi nombre estaba ahora en el lugar del destinatario y otro nuevo aparecía escrito como remitente. La letra extraña y arcaica se repetía en ambas partes.

Aquel nombre representa el conjuro, la invocación, la persona que he de encontrar, a cualquier precio.

Yo sigo corriendo, con mi cordura abandonada miles de kilómetros atrás. Algún día el nombre del remitente se fundirá con una cara y por fin podré descansar. O maldecir, o morir o…

Por supuesto no he abierto el sobre: las reglas dicen que el lacre sólo podrá romperlo por el último, sea quien sea.

Al fin y al cabo él inició esta locura y a su mano debe volver, obediente cual perro fiel.

Sosteniendo el sobre negro entre mis manos, evitando que la lluvia lo empapara, crucé el umbral de la puerta y entré en la Iglesia. Dentro hacía calor, y un centenar de personas escuchaba en silencio al orador. Miré de nuevo el sobre, en cuyo interior había encontrado la invitación. Entonces mi atención se volvió hacia la mujer que hablaba en el púlpito. Era hermosa, muy hermosa. La escuché embelesado. Cuando concluyó su intervención, el público estalló en aplausos. Me fascinó. No pude resistir su atracción y, cuando pasó a mi lado, me levanté como impulsado por un resorte.

—Señorita, por favor... —susurré.

—¿Sí? —dijo ella.

—Es usted... un ángel —dije, sin apartar la mirada de sus labios entreabiertos.

Ella parecía desconcertada, sorprendida. Quizá halagada. Esbozó una sonrisa y sentí desfallecer.

—Eh... Gracias, muchas gracias —dijo, sonrojada, y se dirigió hacia los servicios.

Yo la observé, inmóvil, contonearse. Juro que luché, intenté evitarlo. Fracasé. La seguí por oscuros pasillos y la alcancé a mitad de camino de su destino.

—¿Qué desea ahora? —dijo.

No respondí.

Entonces, entre las sombras, descubrió mi rostro. Ni siquiera pudo chillar.

Mi mano, convertida en una garra horrenda, destrozó su garganta. La sangre se abrió paso con fuerza. Ella cayó al suelo y quedó inmóvil. Le arranqué la blusa y clavé mis dientes con voracidad en su blanca piel, desgarrando la carne.

Tardé menos de diez minutos en apagar mi aberrante sed de sangre. Después, recuperado mi aspecto humano, me encaminé hacia la puerta de salida. Advertí que había perdido el sobre; ojalá nadie volviera a recogerlo nunca.

Por el pasillo me crucé con una mujer. No me importó. Yo ya había abandonado el lugar cuando emitió el primer grito.

—Es usted… un ángel —dijo la mujer.

En ese momento no supe si preguntaba o afirmaba, si sus palabras denotaban agradecimiento o sólo constataban algo que ella daba por hecho. No hice caso y empecé a caminar: si mi trabajo peca de algo eso es de rutina, pero aun con todo lo hago mejor que puedo. Debo comportarme de manera imparcial, no empatizar.

Guié sus pasos a través del pasillo en tinieblas. Los fluorescentes, cubiertos con el tiempo por una importante pátina de polvo, sudor y grasa, lanzaban una luz tímida y en cierta medida enfermiza. Como resultado de esa deficiencia (lo había denunciado numerosas veces, siempre con el mismo resultado), el en principio rutilante pasadizo se tornaba ahora algo oscuro, muy poco acogedor. En algunos lugares casi parecía una boca de lobo.

—Sí, de verdad: un ángel.

No respondí, nunca lo hago. Sólo espero a que los acontecimientos sigan su curso, evitando vincularme.

—De verdad —insistió—. Y sus ojos... sus ojos también son de ángel.

Lo admito, flaqueé. Sin dejar de caminar bajé la mirada hacia la mujer. De complexión gruesa, su gordura se veía resaltada más aún a causa de su baja estatura. Contemplé su faz oronda. Estaba emocionada, al borde del llanto; un llanto que (lo veía muy claro) surgía de la alegría.

A estas alturas todo esto ya me cansaba: demasiadas veces lo había visto, demasiadas veces había escuchado palabras similares de agradecimiento. Palabras que luego se convertían en... Aparté de mi mente esos recuerdos.

Seguí avanzando por el pasillo.

—Gracias.

Aquello era demasiado. Me detuve. Los vuelos de mi túnica ondearon durante un instante, como si hicieran un remedo de despedida a la mujer. Ésta también se detuvo y, desconcertada, buscó en mi rostro una explicación.

—¿Ocurre algo, mi ángel?

Aquella familiaridad me enfermaba: me recordaba demasiado a otra anterior. Pero de aquella hacía ya tanto tiempo... Sin embargo el dolor aún estaba ahí, lacerante y próximo. Recordé el desierto, el oasis, el niño; mis lágrimas, sus palabras de consuelo. Y el horror en sus ojos cuando, al final, comprendió. Aquella vez creí que mi corazón se rompería para siempre, que se tornaría de piedra. Pero no. Aquella mujer, no sé porqué, me había resucitado aquella sensación de cariño.

No podía permitírmelo de nuevo. Continué caminando. El ascensor ya no quedaba muy lejos.

—Pero, ¿qué pasa? ¿No vas a decir nada?

El silencio es un escudo para el corazón, pensé.

Cuando alcanzamos las puertas de metal suspiré aliviada. Acerqué la mano al pulsador: dedos jóvenes, sin manchas ni arrugas, culminados por uñas largas y afiladas, pintadas de negro. Negras como mi túnica, como mi pelo, como mis ojos. ¿Cómo mi alma?

Apreté el botón. Las puertas se abrieron al instante. Con un gesto invité a la mujer a entrar en la cabina. Se detuvo y me contempló dubitativa:

—Debo entrar... ¿sola?

Asentí en silencio. La mujer accedió al ascensor, no sin cierto temor. Percibí hilos brillantes surgiendo de sus ojos. Al fin había empezado a llorar.

—Gracias, gracias, muchas gracias.

No dije nada. No debía decir nada. Mi puesto estaba fuera, en el pasillo; el suyo dentro de la cabina. Pulsé el botón del ascensor que indicaba que la carga estaba ya lista. Las puertas empezaron a deslizarse. La mujer esbozó una sonrisa y agitó la mano derecha en una mezcla de saludo, de despedida y (lo sabía) de agradecimiento. Los tres cortes en su muñeca aún sangraban. En su avanzar la mujer había dejado dos rastros de gotas paralelos, rastros que ahora empezaban a formar sendos pequeños charcos de color rojo oscuro.

Un sonido metálico indicó que las puertas estaban cerradas y aseguradas. Mi trabajo con ella había concluido. Giré sobre mis talones y volví a las tinieblas grises del pasillo. No quería escuchar nada, no deseaba saber el destino de la mujer (aullidos de terror si descendía o cánticos de gloria si se elevaba). No era de mi incumbencia. Al fin y al cabo, yo sólo debía llevarlos hasta la cabina.



Entré en el ascensor y pulsé el botón de mi piso. Las viejas puertas de madera se cerraron y las poleas y engranajes comenzaron su lento trabajo. Apoyé mi espalda contra la pared contraria a la puerta, y noté una inesperada suavidad. Me volví para descubrir que la habían acolchado en rojo, ocultando el espejo. Habían procedido de igual manera con los laterales, lo que aumentó mi perplejidad.

Advertí entonces que el ascensor se había detenido, pero las puertas no se habían abierto. En su lugar, un suave repiqueteo llegaba del otro lado. Inquieto, pulsé el botón de alarma. Un rumor de campanadas, lejano, me llegó a través de las paredes. Empecé a sentir calor. ¿No era demasiado estrecho aquel ascensor? Grité un par de veces, pero nadie respondió. Intenté abrir las puertas introduciendo las manos entre ellas. Logré desplazarlas unos milímetros y, al mirar al exterior, vi a una mujer con el rostro oculto bajo un velo sosteniendo un sobre negro entre sus manos. A continuación vi a dos hombres lanzando paletadas de tierra sobre las puertas, como si los términos horizontal y vertical se hubieran invertido. Y sentí la tierra húmeda en mi cara mientras gritaba y gritaba y gritaba y el ascensor se volvía tan estrecho que, cuando comprendí dónde me encontraba, perdí el sentido.

La azada subió y al instante siguiente bajó, roturando la tierra. Algunos guijarros pequeños de tierra, húmedos por la reciente lluvia hasta casi tener una consistencia pegajosa, saltaron a mi cara. Me limpié con la manga. Aproveché el movimiento para secarme el sudor. La tormenta que había caído sobre el valle, más que aliviar el calor, lo había vuelo untuoso y asfixiante.

Meneé un poco el mango de la azada: debía descompactar los terrones, airearlos. Observé el pequeño orificio. En él un gusano (desnudo, desvalido, desamparado) se retorcía descabezado. Parecía que buscara su otro pedazo. En su insignificancia no sabía que el filo de mi azada, más que causarle daño, le había convertido en padre, en creador. Sonreí con amargura ante mi idea peregrina: un filo, algo asociado a la muerte, creando vida. El pensamiento danzó por un momento en mi mente, incongruente y extraño.

Pero debía seguir con mi tarea. Volví a alzar el apero; un nuevo pedazo de la arcillosa tierra de mi huerto se separó de los demás. Iba a levantar de nuevo la azada cuando sentí un agudo pinchado en el costado. Llevaba toda una mañana labrando la tierra y el esfuerzo, junto con la edad, empezaba a cobrar su factura en los riñones.

Sin saber porqué miré cómo la lombriz se retorcía entre los terrones. Un nuevo padre, un nuevo hijo. Y dolor.

Las campanas repicaron allá abajo, en el valle. Una vez –con lentitud–, dos –con mucha lentitud–, tres –con una lentitud que me era demasiado familiar–.

La lombriz. ¿Dónde estaría su hijo? Hurgué entre los terrones y al poco lo encontré. Sé de sobra que no se trata en verdad de un hijo, sino de un simple proceso de reproducción por escisión. Al cabo de unos días las heridas de ambos, *padre* e *hijo*, se cerrarán, los dos crecerán hasta recuperar el tamaño original y sugerirán horadando la tierra. Si alguna vez se encuentran no se reconocerán, sino que lucharán por el territorio.

Envidiaba al gusano: vida sencilla, sin vínculos ni responsabilidades.

El repique de campanas cesó. Ahora la comitiva saldría de la iglesia, todos de luto y en silencio, e iniciarían el ascenso de la ladera. En menos de media hora estaría ante las puertas de mi casa. Lo había vivido durante años, siempre igual.

Como ayer.

Azada arriba, azada abajo; tierra roturada. Cuando no trabajaba con una azada, lo hacía con un pico y una pala. En esas ocasiones, en vez de labrar una huerta, abría una tumba.

El trabajo me llamaba. Dejé la azada apoyada en la valla, salí de mi pequeño huerto y caminé hacia la puerta del campo santo. Atravesé el arco de piedra, con su calavera grabada en lo alto. Al empujar la jamba de hierro teñido de herrumbre ésta profirió un gemido artrítico. Avancé entre las tumbas. Allí estaba la nueva, la

que Yago llenaría en unos minutos. Y junto a ella la de Oscar, con la tierra aún suelta.

La comitiva de Yago ya estaba allí. Sabía que en ella estaría Laura. Mantuve la mirada baja: no podía soportar contemplar su rostro acusador. No, por Dios, otra vez no. Ella seguía sin comprender. Ella llora, yo trabajo: él que nos da de comer. No lo puedo dejar, ni ahora ni la semana anterior.

Pensé en el gusano y por segunda vez lo envidié. ¿Porqué yo no podía dar vida a un hijo con el filo de mi azada? Mejor aún, ¿porqué ese filo mágico que daba vida no me devolvía a Oscar, en vez de sólo servir para enterrarlo?

Sin atreverme a mirar la tumba de mi único hijo, abierta y cerrada con mis propias manos la semana pasada, procedí a ultimar la nueva.

El pico subió y al instante siguiente bajó, roturando la tierra. Algunos guijarros pequeños de tierra, húmedos por la reciente lluvia hasta casi tener una consistencia pegajosa, saltaron a mi cara.

AMNESIA [SE04]

Cuando desperté, cientos de gusanos blancos me rodeaban. Gordos, ciegos, resbalando unos sobre otros, devorando todo lo que encontraban a su paso. Me sentí asqueada y aterrada, rodeada por aquellas criaturas repulsivas, que alzaban sus deformes cabezas al cielo como si suplicaran otra existencia.

Dominada por el desprecio y el asco que me provocaban me alcé, extendí mis bellas alas anaranjadas y me alejé de allí revoloteando sobre un hermoso campo de flores.



LA INTENSIDAD DEL EXCAVADOR [FR04]

Pianissimo: buscar entre la tierra; excavar; husmear.
Pianissimo: avanzar; deglutir y filtrar terrones; defecar.
Fortepiano–piano: aroma; carne pútrida; cerca. Hambre.
Piano: tragar tierra, horadar; recortar distancias; excretar.
Crescendo–mezzo piano: alimento; muy cercano. Hambre.
Sforzando–mezzo forte: contacto logrado; carne fresca, sabrosa. Saciar hambre.
Diminuendo poco a poco–piano: morder, deglutir, digerir. Carne fresca, sabor extraño.
Súbito–forte: movimiento, demasiado próximo. Hambre; imposible dejar de comer.
Diminuendo–mezzo forte: reconocimiento; peligro inexistente, mariposa emergiendo de cadáver. Criatura inferior, despreciable.
Mezzo forte: hambre. Desgarrar, tragar. Cambio de textura de carne. Sabor extraño, seco, áspero.
Diminuendo–piano: hambre casi saciada. Desconcierto. Comida con sabor a ceniza. ¿Quemada?
Súbito–forte: sorpresa, calor. Dolor.
Súbito–fortissimo: llamas, fuego. Dentro, fuera, alrededor. Todo arde.
Sforzando–fortissimo fff: quemándose, dolor, sufrimiento insoportable. Ceniza incandescente que se vuelve carne mágica.
Fortissimo fff: desconcierto, sorpresa. Altura. Vuelo. La carne que se torna fuego, llamas vivas, elementales.
Súbito diminuendo–piano: agonía del excavador/euforia flamígera.
Silencio: muerte del excavador/graznido victorioso del renacido pájaro de fuego.

Si uno quiere medrar en la vida, debe aspirar siempre a ser innovador. El público entendido se merece un respeto por parte del artista, que no debe cejar en su empeño de ofrecer algo nuevo e inusitado para deleite de sus seguidores. Je.

Por ese motivo, cuando asesiné a mi primera víctima, lo hice lanzándole un piano desde la azotea de mi edificio. Je, je. Una vez decidido mi modus operandi, no me resultó difícil continuar mi camino de forma coherente. Para acabar con el segundo le até una pesa de cien kilos a los pies y lo tiré a un río. A otro lo ahorqué con una cuerda de goma en un puente. Je, je. El efecto fue sorprendente hasta para mí. ¿Y qué me dicen del pobre tipo al que electrocuté conectando dos cables pelados al pomo de la puerta de su casa? Je, je. ¿Y al que aplasté con una piedra de dos toneladas, regalándole primero un paraguas rosa? Je, je, je. ¿Y al que até a la vía del tren y...?

Bueno, je, je, lo dejo que me emociono y se me saltan las lágrimas. Aunque pensándolo bien, je, je, je, estas lágrimas deben tener su origen en el gas que se filtra por las paredes. Como colofón final a mi innovadora carrera criminal, je, je, he sido condenado a la cámara de gas, y creo que, je, je, je, dentro de unos instantes je, je, tendré que abandonarles.

Je, je. Je, je, je, je. Pero, por el je, je, amor de Dios, je, ¿qué tipo de gas je, je, je, han elegido estos tipos, je, je, je, je, je, je, je...?

Agazapado tras el murete cargué de nuevo el arma. Las palabras brotaron en el aire, onomatopéyicas: clack–clack. Apunté y disparé. Bang. La bala no acertó a quien yo quería, un inquieto individuo huidizo. En su lugar una embarazada, que en ese momento corría a su lado con gesto de pánico, se llevó la mano al vientre. Éste, orondo y negro, sangró un humor gris oscuro. Deseé haber matado por lo menos al condenado feto de toon–o.

Proferí una carcajada y con un segundo tiro le volé los sesos (chof) a esa desgraciada: así no tendría posibilidad alguna de parir más escoria negra.

Deposité por un instante el arma sobre el tórrido cemento. Un poco de descanso no me vendría mal. Me sentía contento, tanto que no pude evitar cantar un poco. Cu–cux, cu–cux, cu–cux. Algunos de mis hermanos de klan se me unieron: los escuché trinar desde las otras azoteas. ¡Cómo disfrutaba de los días de caza al negro! Disfrutaba y, al mismo tiempo, vengaba las muertes de mis camaradas, los caídos en el día de la caza al blanco.

Pero bueno, cosas de ser un dibujo animado en un mundo B/N asolado por una guerra civil. Al menos esto era mucho más divertido que esas partidas de ajedrez, aunque aquí los blancos no partiéramos con ventaja.

LE SACARON DE SUS CASILLAS [SE06]

Sentí sus manos cubiertas de sudor rodeando mi cuerpo, abrazándome. Temblé, pero él no pareció advertirlo. Quizá sólo estaba jugando conmigo, quizá mi presencia entre sus manos no le provocaba sensación alguna. Noté como dejaba resbalar sus dedos sobre mi cabeza, acariciándola. De pronto, sin previo aviso, me alzó y me introdujo en su boca, para posteriormente –oh, Señor, cuánto me cuesta decirlo– escupirme al suelo. Allí quedé, aterrado, sin saber qué hacer, mientras una lluvia de figuras de marfil se abalanzaba sobre mí y oía su voz ronca desde la inmensidad de su trono:

—Abandono.



TRONO VACÍO, JARRO LLENO [FR06]

La lluvia golpeaba con sorda insistencia los ventanales del salón del trono. Yo estaba de pie ante la enorme silla, toda ella tallada de una sola pieza de marfil. Lo contemplaba meditabundo, temeroso y, mientras, recordaba algo por completo distinto: un jarro de cristal verde.

(Al instante percibí que algo no funcionaba.)

El trono está vacío. Shi–Ling, jefe del clan hasta ayer, nos había abandonando de improviso, dejándonos solos ante un incierto destino. Yo, Ming–Lao, como hermano suyo de sangre, debía ocupar su puesto y liderar a nuestra gente.

(El vidrio del frasco no resplandecía la primera vez que lo vi.)

Shi–Ling, además de dirigente eficaz, era un mago poderoso; respetado y admirado dentro de nuestras fronteras, temido fuera de ellas.

(¿Cómo no me informé? Anoche, rondando la media noche, le visité. Estaba en su gabinete, rodeado de matraces, libros y velas de llamas danzarinas. En la mesa, ante Shi, el jarro resplandecía con un brillo cálido. No comprendí. Entonces.)

Por fin me atreví: atravesé la silenciosa multitud de cortesanos y tomé asiento en el trono. Antes el solio pálido de Shi–Ling, ahora convertido el catafalco cadavérico de Ming–Lao, lider de... ¿de qué?

(Las luchas intestinas se acentuaron los últimos meses. La actitud prepotente y tiránica de Shi no gustaba a los señores de la guerra. 'Si me voy, si me echáis, me llevaré mucho más que mi persona', amenazó Shi. Pero en nuestra ceguera ninguno le hicimos caso.)

¿Cómo dirigiría un pueblo sin alma? Contemplé los rostros laxos, hieráticos, de los señores y de los siervos: criaturas patéticas cuyos espíritus ahora se retorcían dentro de un tarro de brillante cristal verde. ¿Porqué no tomó también mi alma en vez de dejarme aquí, rodeado de cadáveres vivientes?

(El poder de un país en almas, robadas y encerradas en un tarro que ahora mismo no me atrevía a mirar siquiera. Necesitábamos a Shi. Pero el orgullo nos negaba esa posibilidad.)

Lloré. ¿Acaso podía hacer otra cosa? Rodeado de cientos de personas, no hay palabras de consuelo para mí. Permanecen ahí, parados como piezas de un juego grotesco, cada cual detenida en su casilla. Aguardan mis ordenes, pero la única palabra que yo deseo pronunciar es abandono. Mas sólo puedo seguir llorando.

MUY FRÁGIL [SE07]

Un cuento desde la Cripta

Jack siempre había sido un hombre tranquilo. Apasionado por la aparente rutina de su trabajo, pasaba las horas en su oficina de correos entregando paquetes, enviando giros, pegando sellos y pesando cartas. Atendía a los clientes con amabilidad, siempre exhibiendo una sonrisa, transmitiéndoles con su actitud el mimo y el cuidado que dedicaba a sus acciones.

Jack se sentía feliz en su oficina, y sus clientes lo agradecían acudiendo a diario.

Jack rondaba los sesenta años, y nunca había pensado en dejar de trabajar. Algunos compañeros se habían acogido a la jubilación anticipada, pero él había descartado esa opción. Seguiría cerrando sobres y organizando los envíos hasta que su vista y sus manos se lo permitieran. No conocía otra forma de vida, no imaginaba otra forma posible de invertir su tiempo por el día.

Por las noches, desde luego, estaba Jessica.

Jessica era una mujer joven, de apenas treinta años. Hermosa, decidida, se había casado con Jack por una mezcla de ternura y ambición. Sabía que cuando su flamante marido muriera, heredaría una gran casa y una importante suma de dinero.

Durante todos los años que Jack había trabajado, se había dedicado a guardar su dinero, apenas gastando lo necesario para subsistir. Cuando conoció a Jessica, las cosas cambiaron. Ella hizo que invirtiera en su relación, comprándola todo tipo de lujos. Un reloj de oro, unos pendientes de diamantes, un camafeo de plata, un jarrón de porcelana china. En seis meses había consumido gran parte de sus ahorros, y también gran parte de su salud. Ahora se sentía débil, pero su pasión por el trabajo le animaba a continuar.

Una tarde, cuando nubes de tormenta retozaban en el cielo y una brisa helada procedente del norte recorría las calles, Jack decidió marcharse antes de la hora. No era la primera vez que ocurría –dieciseis años antes, una tarde de marzo, había tenido que asistir al funeral de su madre a media tarde–, pero no por ello dejaba de ser inhabitual en él. ¿Por qué tomó aquella decisión? Para celebrar el cumpleaños de Jessica, dándole una sorpresa. Compró un enorme ramo de rosas rojas, una caja de bombones en forma de corazón, y acudió con su mejor sonrisa al encuentro de su amada.

Cuando llegó vio que la puerta principal estaba abierta, lo que le sorprendió. Se trataba de un descuido peligroso, debería reprender a Jessica por su falta de atención. Al entrar en el salón oyó la voz de Jessica en la cocina. Hablaba en susurros, con voz entrecortada. ¿Sabría que él estaba allí y no querría estropear la sorpresa? Sonriendo, entró en la cocina.

—¡Sorpre...! —gritó, y de pronto las piernas le temblaron y se negaron a sostenerle.

Sobre la mesa de la cocina Jessica, semidesnuda, se debatía entre los brazos de un hombre joven. No, lo correcto no sería decir se debatia. En realidad, gozaba y gemía mientras él acariciaba sus pechos y la penetraba. Aturdido, retrocedió, y golpeó con el codo el jarrón que le había regalado para su último cumpleaños. El jarrón cayó al suelo y se hizo añicos.

—¡Inútil! ¡Mediania! —gritó ella, mirándole, sin dejar de moverse mientras el hombre jadeaba—. ¡Te dije que tuvieras cuidado con ese jarrón! ¡Es muy frágil!

Y entonces algo se rompió en el interior de Jack, algo que rasgó su cerebro y le hizo actuar de una forma que nunca había hecho antes.

A la mañana siguiente volvió puntual a su trabajo. Cuando llegaron los primeros clientes le encontraron trabajando en un paquete especial, muy voluminoso. Al verle, retrocedieron asqueados y fueron a llamar a la policía. Porque Jack preparaba una caja de cartón empapada en sangre, en cuyo interior había colocado los cuerpos descuartizados de Jessica y su amante. Y cuando llegó la policía, había terminado de embalarla, pegar los sellos y escribir con letra temblorosa en uno de los laterales:

MUY FRÁGIL

En cuanto la vi en el escaparate me enamore: de grabados profundos (formas oscuras de color rojo sangre), lacada y brillante, una preciosa caja de porcelana china. Sería el ornamento perfecta para presidir mi nueva vitrina. El dependiente, un apergaminado chino de ojos casi ciegos, no regateó al estilo usual. Sólo aceptó mi dinero y dijo:

—Jamás la abra. Y menos aún mire en su interior.

Yo me limité a pagar y regresar a casa, el hogar de un humilde empleado de correos amante de las antigüedades orientales. Mi corazón les pertenecía: esas bellezas, frágiles y delicadas, le daban sentido a mi vida. Coloqué la caja junto a un precioso jarrón Twang, de delicada porcelana. Me senté en el sofá y dejé pasar las horas contemplando mi nueva y magnífica adquisición.

No sé por qué pero seguí el consejo del anciano y no la abrí. Permaneció en la vitrina, entre las demás antigüedades, días, semanas, meses... Al fin se cumplió un año desde su adquisición. Estaba tan preciosa como siempre y sus destellos rojizos, antes que perderse, parecían haber ganado fuerza. No pude resistir la tentación y la abrí.

Lo siguiente que recuerdo es la cara, imposiblemente enorme, del anciano sobre mí.

—Se lo advertí —murmuró el viejo desde las alturas. De alguna extraña manera, sus ojos ciegos perecían fijos en mí—. No la abra, le dije. Pero no, prefirió tentar a los dioses.

No comprendía nada. ¿Qué había sucedido?

Sin hacer caso de mis súplicas el anciano cerró sobre mí la tapa, todavía dotada de un resplandor leve bermellón.

Me encontré sumido en las tinieblas rojizas. Sin saber cómo, me encontraba dentro de la caja. Sentí un terror vago, indefinido, que se concretó a mis espaldas: oí una respiración profunda a mis espaldas, seguida del singular sonido de garras sobre porcelana.

VIVO EN TU ARMARIO [SE08]

Vivo en tu armario, oculto entre tus ropas. Por el día duermo, una de mis cabezas apoyada sobre tus zapatillas viejas, el cuerpo colgando de una percha de plástico. Por la noche me despierto y te espío por la rendija que tu madre deja abierta. Sé que sabes que vivo aquí, sé que se lo has dicho muchas veces a tus padres.

Sólo por eso te odio.

Por descubrirme.

Me gustaría salir y despedazarte con mis dientes, hacerte pagar lo que me debes por delatarme.

Pero no lo hago. Me escondo entre tus ropas y espero, como he hecho siempre, soportando mi miedo en silencio.

Porque yo no acecho; yo me oculto.

Me oculto del monstruo que vive debajo de tu cama.



DEBAJO DE TU CAMA [FR08]

Siempre lo hemos hecho encima, sobre las sábanas. Y siempre practicando el misionero (según tú, la única postura decente). Para más *inri*, con la luz apagada: no puedo comprender ese obsesivo pudor tuyo ante mí, tu marido.

Yo intento innovar, experimentar. Tú respondes a mis sugerencias con un gesto de asco y me llamas degenerado. Yo, como un tonto, agacho la cabeza y me trago el orgullo.

Hasta hoy. Al fin he logrado que transijas. Mucho ha costado; demasiado, a mi entender. Pero bueno. Hoy vamos a intentarlo de otra manera, a mi gusto. Y como sé que te parece una manera animal, dejaré debajo de la cama tu cabeza, para que no vea lo que hago con el resto de ti.

Cuando desenterré a Sally lo hice por un sólo motivo: la amaba.

Siempre la había amado. Su sonrisa al acercarse a mi granja con las botellas de leche, su mirada alegre al marcharse, su gesto de despedida al subir al camión. Su padre no aprobaba mis sentimientos, claro, y nunca pensé en declararme. Convertí mi amor por ella en una pasión contemplativa, y esperé en silencio una oportunidad.

Una noche ella salió con varios chicos del pueblo. Bailaron, bebieron, volvieron a sus casas en coche. Tuvieron un accidente, y Sally murió. Todos murieron en realidad, pero yo sólo podía pensar en ella. Acudí al entierro, como el resto del pueblo, pero permanecí aparte, observando desde lejos. Había lágrimas, sí; también una sensación de fatalismo, como si no se hubiera podido hacer nada para evitarlo. Mentiras. Yo podría haberla convertido en una buena chica, yo podría haberla salvado.

Cuando todos se marcharon, los enterradores realizaron su trabajo con premura, casi con descuido. Tenían otras cosas en mente. Su falta de cariño al tratar a Sally me dolió. Esperé oculto tras unas lápidas a que terminaran y después comencé el duro trabajo de devolverla a la vida.

Hay veces que uno despierta por la mañana y siente que todo el universo se encuentra en armonía con uno mismo, como si fuéramos una antena emisora y todas las criaturas de Dios hubieran sintonizado nuestro canal. Así me sentí yo cuando desperté y descubrí el rostro de Sally junto al mío, sobre la almohada.

Preparé algo de desayunar y me llevé a Sally al salón. Al sentarla sobre la silla le fracturé varios huesos, y empezó a supurar un líquido negruzco por los lugares en los que la piel se había rasgado. No me importó demasiado.

Las tareas de la granja me mantuvieron ocupado toda la mañana, y cuando volví a la casa advertí el olor. Sally había hundido su rostro en el bol de cereales, y la leche resbalaba por sus párpados cosidos. Sonreí, acaricié su pelo y la llevé de nuevo al dormitorio.

La tarde transcurrió con pereza, recogiendo la casa y viendo la televisión. Sentía cierta inquietud por cómo sería nuestra relación en el dormitorio, y no conseguí tranquilizarme hasta que dieron las diez y, desnudo, me acosté junto a Sally. Le quité la ropa con ternura, corté los hilos que cerraban sus labios con unas tijeras y la besé con pasión. Algunas moscas revoloteaban por el cuarto, incomodándome. En cuanto separé las piernas de Sally, me olvidé de ellas.

A la mañana siguiente dos hombres entraron en el dormitorio, derribando la puerta. Se abalanzaron sobre mí, me golpearon. Vi sus insignias, sus uniformes. Debí haber obedecido, permanecer sumiso. No pude. Uno de ellos vomitó sobre Sally, una desconsideración que no podía soportar. Salté sobre él y golpeé su rostro contra el cristal de la ventana. El otro hombre gritó, desenfundó su arma, disparó.

Ha pasado mucho tiempo, casi un año, y sigo pensando en ella. Espero aquí, en mi celda, la llamada final que me conducirá por el pasillo de la muerte hasta el lugar de mi ejecución, y no puedo quitármela de la cabeza. Pase lo que pase, nunca olvidaré la noche que pasé con ella.

Sin embargo, ahora sé que ella no sentía amor por mí, no tal y como nosotros lo entendemos. Nuestra relación se movía en una sola dirección.

Sin embargo, tras la ejecución, es posible que aparezca mi amor verdadero, un amor al que prometo entregarme en cuerpo y alma.

¿Habrá alguien que, henchido de amor por mí, me desentierre?

Regresé al mundo sumergida en un mar de dolor. Pero eso me indicaba, al menos, que había sobrevivido al accidente. Aunque ¿a qué precio? ¿Dónde estaban Pedro y Lucía? Traté de girarme y mirar hacia el asiento del copiloto. Unos agudos pinchazos en el pecho me obligaron a desistir: tenía el volante incrustado, y al parecer la presión me había roto varias costillas. Por el dolor, más que unas pocas se trataba de todas. Recé porque no tuviera afectados los pulmones (aún no sentía la asfixiante humedad de la sangre en mis vías respiratorias, pero en mi estado deplorable no podía asegurar nada).

Con dolorosa lentitud volví un poco la cabeza –en mis oídos resonó el chirrido de las vértebras, crujiendo como piedra sobre arena– y por el rabillo del ojo, entre las brumas de la semi-inconsciencia, distinguí el bulto de Pedro, desmadejado contra el salpicadero. El cinturón de seguridad había fallado y como resultado del choque su rostro había golpeado contra el cristal. La fuerza del impacto desparramó su cabeza por todo el parabrisas. Mi estómago, incapaz de tolerar esa visión, sufrió un espasmo de nausea. Por fortuna, o quizá por desgracia, los pinchazos de dolor que ese simple movimiento reflejo provocaban reprimieron el vómito. Sentí ese olor agrio a jugo gástrico acechando mi boca, mi nariz.

Estaba viva.

Pedro no. Dios mío, ¿y mi hija? ¡Lucía! ¡La silla, la silla debía haberla salvado!

Incapaz de moverme, escuché. En el coche reinaba un silencio demasiado intenso. Por favor, que sólo esté desmayada, supliqué notando la humedad en mis ojos. Musité su nombre, pero creo que el sonido sólo surgió de mi mente, no de mis labios. Me sentía tan débil. Pero Lucía estaba por encima de todo. Sin embargo debía liberarme del volante, ir al asiento de atrás y auxiliarla.

Luché contra el cinturón, contra el volante. Con cada uno de mis movimientos sentía como un millar de esquirlas (cristal afuera, hueso dentro) se clavaban en mi carne, azuzando la hoguera interna del sufrimiento. El tiempo se arrastraba, y poco a poco iba escapando de mi confinamiento de cuero, plástico y metal. Sin embargo el silencio persistía. Lucía no lloraba.

Tampoco se escuchaba nada en el exterior. ¿Nadie acudía en nuestra ayuda? Por muy regional que fuera la carretera, alguien debería pasar. Estábamos en Cantabria, en Liébana, no en el Sahara...

Al fin pude mover una mano, la derecha. Un avance nimio, pero al mismo tiempo enorme. Trataba de ignorar las dentelladas que mi carne sufría. Apreté la palanca del claxon. Nada. El esfuerzo me hizo casi desfallecer. Dejé caer el brazo sobre el asiento y miré en derredor. Con lentitud mi visión había ganado claridad. La luz del mediodía que entraba en el habitáculo, antes informe y cegadora,

ahora adquiría un cariz reticular, tamizada por la telaraña púrpura de la luna frontal.

Entonces lo escuché: alguien trataba de abrir la puerta de atrás. Murmullos apagados. Di las gracias a dios. Por fin llegaba la ayuda. Sin hacer caso del dolor agité el brazo derecho: debía llamarles la atención. No hubo respuesta apreciable. Dejé reposar de nuevo el brazo en el cuero salpicado de cristales y presté atención: gemidos de metal forzado, los goznes de la puerta al ser abierta; el susurro roces de ropa sobre la tela de los asientos traseros. El coche se movió un poco bajo el peso del recién llegado. Traté de hablar, pero mi garganta era un nudo de agujas. Sin embargo, lo intenté:

—Lucía —mi susurro, estoy segura, resultó inaudible.

Pero los movimientos en la parte de atrás cesaron. La forma pasó junto a mi ventana y se detuvo, como si esperara a que yo la mirase. Así hice: me volví y descubrí que se trataba de dos niños. De no más cinco años, iban vestidos con ropas de temporadas pasadas, sucias y desgastadas. Sus rostros tenían aspecto demacrado, sucio, aunque sus ojos brillaban llenos de vida y fiereza. Uno de los niños, de mirada especialmente aviesa y piel tan oscura que casi parecía negra, sostenía a Lucía en sus brazos, dormida –por favor, supliqué, que de verdad esté dormida–. La niña parecía sonreír agradecida. Ellos buscarían a la policía, a las ambulancias, me dije llena de esperanza. Supe que estaba dibujando una sonrisa. El chico que sostenía a Lucía me correspondió: la suya estaba llena de dientes, triangulares, afilados, montados unos sobre otros, ávidos de...

No sé cómo, pero grité. Ante mi reacción el otro niño –contrapunto albino a la oscuridad de su compañero– sonrió, revelando otras dos hileras de dientes de tiburón, corrompidos y negros. Ambos observaron por un instante terrible a Lucía, como quien contempla un dulce, un pastel. Luego partieron, soltando apagadas carcajadas, aunque no sin antes decirme estas palabras:

—Tranquila, más tarde, cuando estés menos caliente, regresaremos a por ti.



—Adelante, pase —dices, abriendo la puerta.

El albañil entra sonriente, se dirige al cuarto de baño sin perder un segundo. Las tuberías están a la vista y por las paredes rezuma el agua.

—Señora, esto es un desastre —dice.

Lo miras con cara de pocos amigos y te sientas en tu mecedora antes de responder.

—Malditos niños, si es que se lo comen todo —murmuras.

El albañil toma medidas, murmura algo para sí mismo, se vuelve. Su nariz sonrosada tiembla mientras esboza una nueva sonrisa.

—Habrá que enfoscar las paredes con cacao del bueno y caramelos sin azúcar, esto le va a salir por un riñón —dice, y al salir del cuarto de baño se acerca al horno de la cocina—. Esto huele de muerte. ¿Qué está cocinando, abuela?

—Niños, siempre niños —murmuras mientras le acompañas hasta la puerta, ignorando sus miradas curiosas.

Fuera le esperan sus dos sonrientes hermanos. Te saludan, se marchan. Cierras de un portazo.

—No sé si debería fiarme de estos cerdos —dices, y compruebas que la comida, como siempre, esté en su punto.

—Joder, hermanos, ya está aquí otra vez el pesado de Lobo —dijo Menor.

—Bah, pasa de él. No comprendo cómo no se cansa ya de intentarlo —respondió Mediano.

—Ese mamón es más pesado que una vaca en brazos —se quejó Mayor—. Menor, anda, pásame el periódico.

Menor le tendió el diario. Siguiendo su costumbre, Mayor lo abrió justo por las páginas de sociedad. Mientras tanto, Mediano había tomado de su estuche el violín y se disponía a practicar un poco con lo último de Vanessa Miau.

Menor seguía contemplando a través de la ventana. Con la sorpresa dibujada en el rostro exclamó:

—Eh, chicos, que hoy no viene solo. Le acompaña un tío gordo muy raro.

—Bah, passsa de él —replicó Mediano empezando una canción.

Mayor seguía absorto en el periódico.

—Pues la verdad es que ese gordo es muy extraño: piel violeta, ropa como de explorador, con ese ridículo gorro. Hermanos, ¿existen cerdos violetas?

—Estás tonto, Menor. Passsssa de ese idiota de Lobo, líate un peta y únete a mí con la flauta.

De repente un rugido atronador sacudió las paredes. Los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos, al tiempo que los muros empezaban a agrietarse. En ese preciso momento Mayor veía con horror una foto cuyo pie rezaba así: Lobo inaugura una empresa de derribos junto a su nuevo socio, Pepe Pótamo.

La bestia abrió sus fauces, se abalanzó sobre la joven. Los niños gritaron. Una voz grave pidió silencio mientras la criatura mordía con saña a la desvalida muchacha. Nada parecía poder salvarla de su cruel destino.

Entonces apareció tras el licántropo un joven sonriente. Portaba un cayado, y con él golpeó al hombre lobo hasta que éste quedó inconsciente.

La muchacha se levantó, se acercó al joven para agradecerle su ayuda, pero éste la golpeó con su cayado en el rostro una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, mientras los niños gritaban, aplaudían y reían.

El cayado hendió el aire una y otra vez, impactando en la cabeza con brutalidad. Los sesos saltaron por los aires, salpicando con su espesa humedad el rostro de José. La sangre fluyó, cubriendo con un velo oscuro los ojos de Isabel, que ya perdían el brillo de la vida.

Al fin, agotado, José dejó de golpear. Se sentía feliz: la sangre había limpiado la mancha que mancillaba el honor de la familia. Paralizado bajo el umbral de la puerta, Zacarías le observaba con seriedad: José, el marido de la prima de su mujer, había realizado una labor que a él le correspondía como afrentado. Pero él ya tenía una avanzada edad, no tenía las fuerzas necesarias y, dado que se trataba de justicia divina, esperaba la indulgencia del Señor.

Ahora debían deshacerse de los cuerpos de las dos adúlteras. Una sonrisa cruzó el rostro de José al recordar la historia de Jezabel. Se lo comentó a Zacarías, el cual estuvo de acuerdo. Tomando cada uno los cuerpos de sus respectivas mujeres, salieron al campo. Allí aguardaron a que los perros devoraran sus cadáveres, Zacarías ante Isabel, José ante María.

Una paloma blanca, perchada de una rama de olivo, lloraba en silencio.



—Entonces, ¿ésto es la corona de espinas? —pregunté con una sonrisa indisimulada en el rostro.

Hacía calor en el interior del museo, y los focos que iluminaban las vitrinas provocaban que el sudor empapara mi camisa. No recordaba cómo había terminado internándome en aquel laberinto de salas de paredes rojas y vitrinas repletas de artilugios extraños, pero una vez dentro sólo podía seguir avanzando hasta llegar a la salida. Me acompañaba un guía improvisado, un joven de aspecto enfermizo que no dejaba de mirar hacia atrás, como si esperara que algo se abalanzara sobre él. Imaginé que todo, incluso la horrible música que reinaba en el lugar, formaba parte de una planificada puesta en escena.

—Desde luego, y junto a ella descansan los clavos que le unieron a la cruz —dijo el hombre que me acompañaba, señalando el cristal.

Reprimí una carcajada, pero continué la visita con él. Las primeras salas se centraban en objetos mitológicos: representaciones de falsos dioses y cuestionables reliquias religiosas. Después entrábamos en el mundo de la brujería, los venenos, la muerte. Recorrí las salas deteniéndome apenas un par de veces, mortificado por haber pagado diez euros en aquella feria improvisada. Mi mujer esperaba en el exterior, deseando que saliera de allí y la acompañara a una de las representaciones de títeres que llenaban las calles. Desde luego, viendo lo que me ofrecía el museo, no podía negarle que tenía toda la razón: los títeres eran más divertidos.

Entramos en una sala de instrumentos de tortura, me detuve junto a una silla cubierta de afilados pinchos.

—Bonita —murmuré.

—Sin duda, señor —respondió el hombrecillo.

Seguimos andando de sala en sala, caminando junto a extraños experimentos de taxidermia, demonios transfigurados y botes de cristal con contenidos más bien desagradables. El joven que servía de guía me señaló algunos aspectos peculiares de los objetos que veíamos, pero no le presté demasiada atención. En la última sala, sin embargo, me detuve junto a una vitrina vacía. Una etiqueta dorada decía: Santo Grial.

—¿Y? —dije, señalando el cristal.

—Oh, eso —respondió el hombre—. En realidad, el Santo Grial forma parte de nuestra visita especial, señor.

Sonreí. Ya conocía aquellas argucias de vendedor experimentado.

—Entiendo. ¿Cuánto más va a costarme verlo?

—Oh, no, no, nada de eso, señor —dijo el hombrecillo—. Simplemente exprese su decisión firme de verlo, y le acompañaré hasta la última sala.

Miré mi reloj. Me dije que si había perdido ya más de cuarenta minutos en el interior de aquel museo bien podría dedicarle unos minutos más al Santo Grial.

—Adelante entonces —dije, y seguí al hombrecillo a través de una puerta que antes me había pasado desapercibida.

Descendimos por escaleras de piedra hacia una pequeña cueva. Abajo hacía frío, y yo no llevaba más que una camisa. La iluminación no era buena, y pronto tuve que apoyar mi mano en la pared –fría, lisa– para no caer.

—Vamos —urgió el hombrecillo—. Ya estamos llegando, señor.

Y tenía razón. Al girar un recodo entramos en una pequeña cueva, y sobre un burdo altar de piedra reposaba un cáliz dorado que debía ser el Santo Grial.

—Vaya —susurré, y entonces alguien colocó su mano sobre mi hombro.

Ahogando un grito, retrocedí dos pasos. Un hombre envuelto en una túnica blanca raída, con larga barba y ojos vidriosos, me miraba con reverencia.

—Jesús —dije.

—Efectivamente, señor —respondió el hombrecillo, señalando al aparecido—. Veo que lo ha reconocido al instante.

Intenté sonreír, pero no conseguía reponerme de la impresión. El extraño hombre alzó las manos, mostrándome dos enormes orificios en las palmas. Después murmuró algo que no pude entender.

—¿Qué... qué ha dicho? —dije.

—Oh, no tiene importancia, señor. Es arameo. Ni siquiera yo puedo entender a este pobre diablo.

—¿Es una broma? —dije, acercándome al hombrecillo, que retrocedió acobardado.

—Desde luego que no, señor. ¿Cómo cree que Jesús pudo resucitar? Bebiendo del Santo Grial, desde luego. La inmortalidad, señor.

Miré al presunto Mesías. Descubrí cicatrices en su frente, y algo inquietante en su mirada. No podía ser real, desde luego. Se trataba de un truco, nada más. Pero algo malsano flotaba en el ambiente, algo que había convertido una tediosa visita en una experiencia impresionante. A ver qué decía Myriam cuando se lo contase. Miré de nuevo al Santo Grial. Si había llegado hasta aquí, era para beber de él.

—¿Puedo? —dije, señalando la reliquia.

—Debe —respondió el hombrecillo.

Me acerqué hasta el cáliz. Desde cerca, iluminado por los focos, resultaba incluso más impresionante. Estaba lleno a rebosar de un líquido transparente, presumí que agua. Lo tomé entre mis manos y lo acerqué a mis labios. ¿Debía beber de aquella cosa? ¿Y si luego terminaba con un dolor de estómago terrible y arruinaba el resto de mis vacaciones? Myriam no me lo perdonaría. El hombrecillo y Jesús me contemplaban ansiosos, expectantes.

—No estará contaminada, ¿verdad? —pregunté.

Jesús balbuceó algo ininteligible en su arameo simulado.

El hombrecillo negó con la cabeza, sonriendo.

Acerqué de nuevo el cáliz a mis labios. Despedía un olor a jazmín, embriagador.

Abrí la boca.

Noté que la temperatura había subido algunos grados, quizá la calefacción. Miré a los dos hombres, que me observaban con los ojos desmesuradamente abiertos, sin parpadear. Sabían cómo mantener una farsa hasta el final.

Bebí.

Y entonces algo ardiente atravesó mi garganta. Caí de rodillas al suelo, grité. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero pude ver cómo el cuerpo famélico de Jesús se deshacía ante mis ojos, convirtiéndose en cenizas. Grité de nuevo, traté de incorporarme, caí al suelo.

—Vamos, vamos —dijo el hombrecillo—. Esa no es una actitud adecuada para un guardián.

—¿Gu...ar...dián? —balbuceé, llevándome las manos al cuello, que ardía como el fuego del infierno.

—Guardián del Cáliz del Santo Grial, desde luego. ¿O acaso desconocía el precio de la inmortalidad? Ahora se quedará aquí, guardándolo, hasta que otro valiente como usted decida beber de él. Y desde ya le aviso. Esto no suele ocurrir. Mire a nuestro amigo, el de las cenizas.

Intenté levantarme, no pude. Todo el cuerpo me ardía. Las cenizas del hombre que se parecía a Jesús yacían a pocos metros de mí.

—¿Je... sús? —dije.

—Oh, bueno, eso es parte del espectáculo, ¿sabe? —bromeó el hombrecillo—. En realidad no tendría más de trescientos años. Y esperaba un relevo, claro. No se preocupe por nada, enseguida terminará el dolor y estará usted como nuevo. Lástima que no pueda salir de aquí jamás, claro. El Santo Grial no se lo permitirá.

—Pero, yo... —comencé a decir, pero el hombrecillo me interrumpió.

—No se preocupe por nada, todo a su debido tiempo. Ya lo entenderá. Por ahora, comprenda que tenemos que prepararle un poco. No nos recuerda en absoluto a la imagen de Jesús que ofrecemos al público.

Y, mientras hablaba, dos hombres aparecieron de la nada portando grandes clavos y una maza. El hombrecillo se acercó hasta mí con uno de los instrumentos de tortura que había visto en la exposición, algo que empleaban para cortar la lengua de los brujos.

—Y ahora —dijo, acercándose más a mi rostro—, le enseñaré el secreto del arameo.

Él había dicho: *tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros*. También había apostillado: *bebed todos de este cáliz, pues esta es mi sangre; sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados*.

Desde el momento en que pronunció esas palabras hasta ahora han transcurrido más de dos mil años. Yo le adoro, le amo. Él constituye mi guía, mi auxilio, mi esperanza. Pero en el fondo no puedo seguir sus órdenes: ya no está aquí, entre nosotros. Sus palabras son palabras muertas. Y sin embargo *su Palabra es Ley*.

Yo obedezco la Ley. Entonces, ¿porqué me castigan al comer la carne y beber la sangre de sus representantes?

3º clasificado en el concurso Zombies!!! de Twilight Creations Inc.

Las luces del techo parpadearon, sumiendo en penumbras durante interminables segundos el pasillo. Los tres hombres lanzaron maldiciones al unísono y se detuvieron, esperando. Cuando, perezosamente, la iluminación volvió, avanzaron en silencio, con el cañón de las escopetas abriendo camino.

No se ve un alma, dijo Harry, rozando las frías paredes de metal con la punta de los dedos.

Los demás se volvieron, y le indicaron con señas que mantuviera silencio. Algunos metros más adelante el pasillo terminaba en un recodo y doblaba a la izquierda. Finos hilillos de agua se deslizaban por la tuberías que recorrían el complejo militar como si de un sistema de venas y arterias se tratara. Los tres hombres se internaron en un largo corredor repleto de puertas a ambos lados. Allí la iluminación era más débil, apenas dos lámparas de emergencia brillando agónicamente en el techo. Mientras caminaban, aplastaron bajo sus botas papeles, carpetas y restos de vidrio desperdigados por el suelo.

Han estado aquí, gruñó Dean, intranquilo.

Entonces, ¿dónde demonios están?, susurró Tony.

Oyeron algo en la distancia, quizá un gemido o una respiración entrecortada. Se miraron y decidieron continuar. Aceleraron el paso, doblaron una esquina. El pasillo se perdía entre las sombras, en una zona envuelta en un manto de oscuridad. Junto a la pared, apoyado contra una puerta entreabierta, descansaba un cuerpo. Extrañamente doblado, el cadáver del soldado sostenía entre sus manos el arma reglamentaria. Una fea herida recorría toda su garganta, de la que manaba la sangre que empapaba su uniforme. Harry se acercó hasta el cuerpo y notó la mirada vidriosa, el gesto de horror reflejado en el rostro. Tras la puerta pudo discernir en la oscuridad probetas y tubos de ensayo desperdigados sobre una mesa. Quizá se tratara de un laboratorio.

¿Está muerto?, preguntó Dean.

Harry asintió con la cabeza y les indicó con una mano que avanzaran. El sudor brillaba en su frente y sus ojos se movían como ardillas, intentando no perder detalle de nada a su alrededor. Tony encabezó la marcha, y pronto se encontraron rodeados por la más absoluta negrura. Apoyando las manos en las paredes, continuaron el avance sin pronunciar palabra. Varios pasos más adelante, se detuvieron.

Habían oído algo.

Dean buscó una linterna en el bolsillo con manos temblorosas. Harry y Tony sujetaron con fuerza las escopetas, sintiendo los dedos agarrotados y doloridos por la tensión. Algo avanzaba en la oscuridad hacia ellos, deslizándose por el suelo. Oyeron un gemido, unos pasos.

Dean intentó encender la linterna, pero los dedos se negaban a encontrar el interruptor. En la lejanía algo (alguien) tropezó y cayó al suelo. Un murmullo, una especie de cántico, llegaba hasta sus oídos.

Aquí vienen, dijo Harry.

Oh, Dios mío, gimió Tony, sintiendo un escalofrío.

Dean encendió la linterna, y barrió con el haz de luz el pasillo frente a ellos.

Un centenar de cuerpos muertos avanzaban hacia ellos. Algunos, horriblemente mutilados, se arrastraban por el suelo. Otros, con profundas heridas en sus cuellos, rostros y brazos, caminaban como si estuvieran bebidos. Pero ninguno apartaba la vista de los tres hombres. Los zombies gimieron, continuaron avanzando. Tony fue el primero en disparar. Una vez, dos veces, tres veces. Harry disparó también.

¡Retroceded!, gritó sin dejar de disparar.

Dean mantuvo firme la linterna mientras caminaban de espaldas, disparando una y otra vez, una y otra vez. Tras ellos estaba la seguridad, la salida de aquel complejo militar convertido en terrible fosa común. Dieron un paso más, otro.

De pronto, Dean notó una mano sobre su hombro. Cuando su rostro se volvió, sus ojos se encontraron con la mirada vidriosa del soldado muerto.

Oh, no es justo, dijo, y comenzaron los gritos.

UMBRELLA **[FR13]**

umbrella
1 *noun* paraguas *m*.
2 *noun figurative* (protection) manto, protección *f*: *(patronage)* patrocinio.
n umbrella stand paragüero . || umbrella organization organismo madre.

La última línea de la entrada del diccionario resultaba en extremo irónica. Cuatro palabras que decían tanto el nombre del origen de la maldición como aquello en lo que se había convertido.

Ellos, un error –un horror– surgido de la Organización, recorren ahora las calles y habitan las casas, nuevos dueños del mundo. Vectores de un infeccioso hambre sin límite.

La broma cruel del diccionario continúa: por desgracia, para nosotros los vivos no existe protección, ni real ni figurada. Por mucho que lo diga en la segunda definición.

PARAGUAS [SE14]

Entré en la tienda para refugiarme de la lluvia de sangre hirviente, y vi que en el interior se agolpaban cientos de demonios de los diferentes clanes.

—Demonios —murmuré, más como una maldición que como otra cosa.

Un duende negro de ojos rojos como carbones en llamas se acercó hasta mí.

—Imagino que, como todos estos gandules, el señor no querrá comprar nada —susurró con su lengua bífida.

—Al contrario, maldito seas —respondí—. Precisamente andaba buscando un paraguas.

El duende sonrió, mostrándome sus dientes afilados, y me condujo hasta una vitrina. Allí descansaba un hermoso paraguas de piel humana, con varillas de tibias y peronés y empuñadura de fémur.



—Apenas le costará unas almas, y sin embargo es de la máxima calidad —susurró.

Asentí, le firmé un cheque con mi sangre y, tras coger el paraguas, me marché a la calle. Al abrirlo, un gemido de dolor llegó hasta mis tímpanos. Sorprendido, me volví y mis ojos se encontraron con los del duende.

—No pensaría que lo fabricaríamos con muertos, ¿verdad? Ya le dije que la calidad era máxima —susurró.

Sonreí.

—Desde luego tiene usted razón —dije, y seguí mi camino por el infierno pellizcando ocasionalmente la piel del paraguas, sólo para oírlo gemir de nuevo.



Se veían a diario en la parada del autobús, de vuelta a casa. Durante días ella le estuvo observando con evidente interés. Al fin, una tarde lluviosa se atrevió a pedirle cobijo bajo el paraguas. Él lo consintió y así estuvieron, los dos bajo la tela (demasiado apretados para los gustos de él), un intercambio de trivialidades:

—Me encanta esa talla del mango. Una cabeza de un lobo, ¿de hueso, no?

—Así es: lo he hecho yo mismo.

Los ojos de ella, cálidos rescoldos de negro azabache, brillaron de excitación. Sin dudarlo, dijo:

—Además de guapo, hábil...

El chico no supo qué responder. El autobús había llegado; subieron. Sin pedirle permiso, la chica se había sentado al lado. Ella, todo curiosidad, no dejaba de hablar, de preguntar. El origen del mango de hueso del paraguas; del portafolio de cuero, pálido y lustroso; incluso el monedero que asomaba por el bolsillo de su raída americana, de igual material. Él, abrumado, respondía con poco más que monosílabos.

—Entonces te gusta trabajar con ese tipo de cosas: cuero, hueso... Trabajos manuales —susurró con una sonrisa pícara.

—Sí. Intento emular al maestro.

—¿Maestro? ¿Vas a clase?

Él clavó los ojos en el suelo sucio de barro y no respondió.

Al fin el autocar se detuvo. Bajaron. No hicieron falta palabras: en los ojos de ambos se veía la pasión, el deseo. Caminaron por las calles del pueblo, convertidas en torrenteras. La casa de él estaba un poco alejada del núcleo urbano. La lluvia arreciaba, y ella se pegó a él como una lapa, compartiendo la protección del paraguas. Mientras

caminaban ella no dejaba de contemplar con ojos maravillados el mango de hueso.

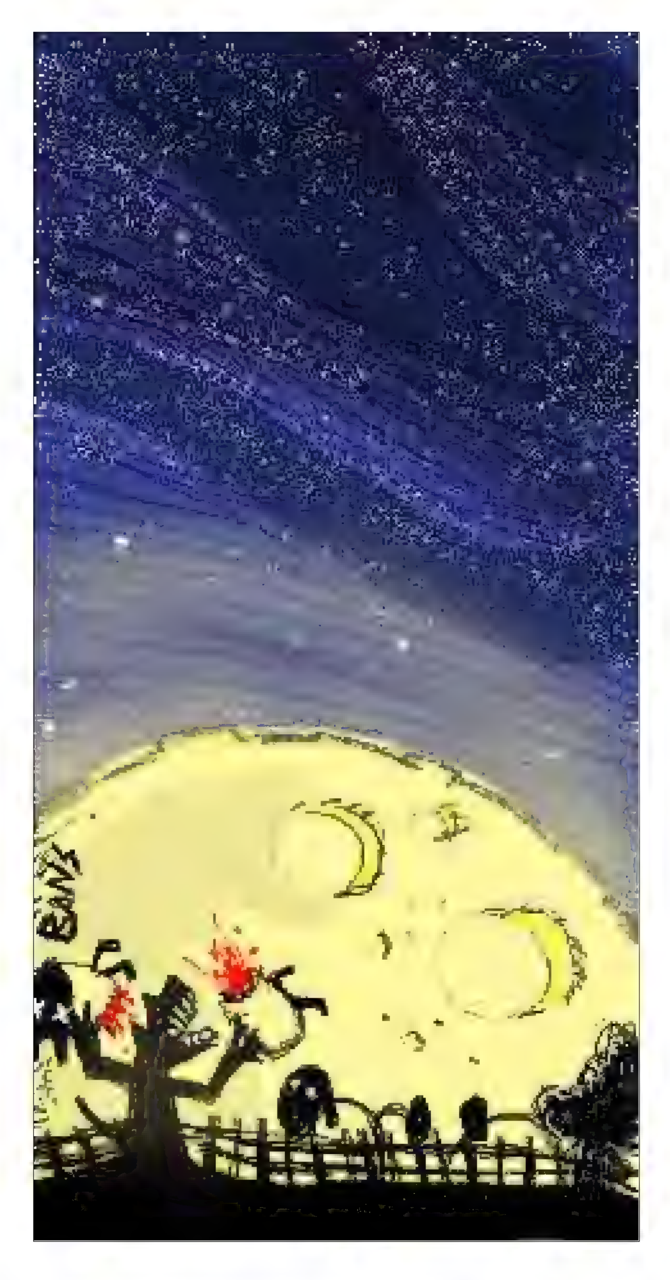
Llegaron a su propiedad: una casa vetusta, en no muy buen estado. Adyacente a ella, un garaje de idéntico aspecto destartalado. Ante la sorpresa de la chica, caminaron hacia este último. Él extrajo unas llaves del bolsillo y abrió la portezuela para descubrir las densas tinieblas del interior. El sonido de la lluvia parecía atronador bajo el techo de uralita.

—Entra, entra —dijo al tiempo que cerraba el paraguas. La cabeza de lobo parecía brillar a causa de las gotas de lluvia.

Ella obedeció con la incomprensión marcada en sus rasgos.

—Ahora sí puedo hablarte de mi maestro —al decir estas palabras activó el interruptor de la luz. La bombilla grasienta iluminó unos enormes garfios de carnicero colgando del techo y, en un panel lateral, un equipo completo de taxidermista—. Se llamaba Edward Gein, y quiero mostrarte sus métodos.

LOBO **[SE15]**



¡Que viene el lobo, que viene el lobo!, dijo varias veces, pero no le hicieron caso. ¡Que viene el lobo, que viene el lobo!, repitió durante varios días, y en el pueblo se burlaron de él.

Dos días después, cuando floreció la luna llena en el cielo nocturno, saltó sobre las ovejas de su vecino y se zampó a dos de ellas.

MATANZA LUPINA [FR15]

El ataque del lobo nos sorprendió dormidos. En escasos minutos mató a unas cuantas, dejó heridas a muchas otras y esparció el terror entre todas las demás. Tobi y yo poco pudimos hacer: se trataba de una bestia descomunal, de aterradores ojos rojos. Ante ella mi callado y las mandíbulas de Tobi, mi viejo perro pastor, poco podían hacer.

Cuando se alejo, ya saciados su furia y su hambre, tuve que sacrificar a las reses moribundas. A las que sufrían heridas más leves intenté curarlas.

Pasaron los días y mis cuidados no hacían efecto: las ovejas morían una tras otra. Al final, de todas las atacadas por el lobo, nada más sobrevivió una.

La misma que, con la luna llena siguiente, se abalanzó sobre mí poseída por una rabia antinatural.

INSOMNIO [SE16]

Primer día
Las cosas no van bien en el trabajo, y apenas puedo concentrarme en lo que hago. Me distraigo con las noticias de nuevos despidos, de recortes en los proyectos, de falta de clientes. Termino agotado. He vuelto a casa pronto, y tras una cena ligera he decidido acostarme. Necesito descansar y olvidarme de todo.

Segundo día
No he pegado ojo en toda la noche. Ni siquiera contando ovejas. Menos mal que hoy es viernes y comienza el fin de semana. El día ha transcurrido lentamente, como si me hubieran atado a un potro de tortura. Incluso la sonrisa de mi jefe me ha parecido particularmente extraña, casi malvada. Los compañeros han estado pendientes de mí, lo que lo ha hecho todavía más difícil. Afortunadamente ya estoy en casa. Hoy no saldré a dar una vuelta, prefiero recuperar el sueño perdido. Mañana será otro día.

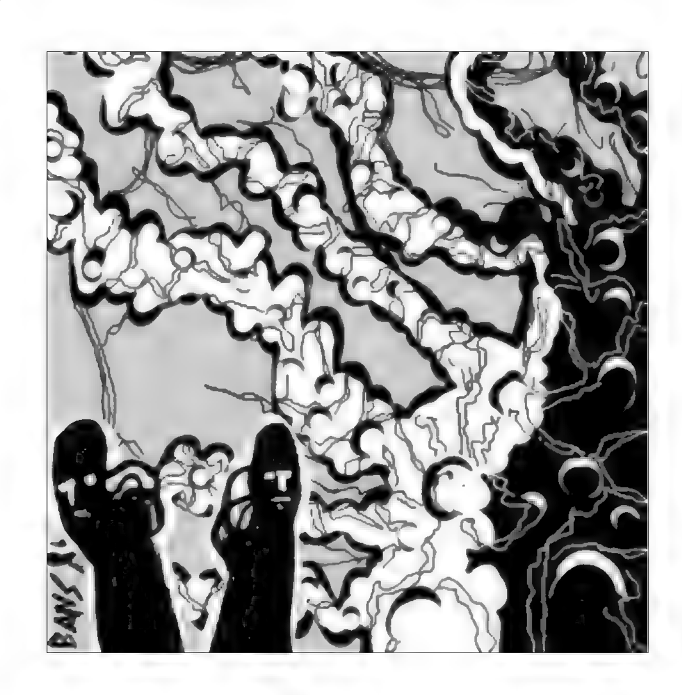
Tercer día
No he dormido ni un minuto. Siento un principio de migraña en la mandíbula, recorriéndome los dientes. No debe ser sano pasar dos días enteros sin dormir. He salido a comprar algo. El día estaba nublado, y todo tenía un color gris y triste. He pasado por la farmacia, pero estaba cerrada. Creo que luego intentaré echarme una siesta. Al menos es sábado, y no tengo que trabajar.

Cuarto día
Veo. Tres noches sin dormir, y veo. Todo a mi alrededor tiene un color gris, de ceniza. Creo que si soplara el viento la realidad se desmoronaría. Al despertarme, esa cosa extraña estaba en mi cama. Negro, como un pulpo sin cabeza, llena de patas y membranas. Tiene el tamaño de un perro grande. ¿Qué hace en mi cama? Me he duchado, he vuelto a la cama, seguía allí. He intentado –tras armarme de valor– tocarlo, pero mi mano le ha atravesado como si fuera aire. ¿Qué es? Sigo sin dormir, y ahora veo cosas extrañas. Hoy me tumbaré en la cama de la habitación de invitados.

Quinto día
Todo ha cambiado. Nada tiene color. Y esas cosas pegadas a los cuerpos de la gente. No he dormido nada. ¿Acaso la criatura que descansa en mi cama también vivía pegada a mi cuerpo? ¿El insomnio ha hecho que muera? Me estoy volviendo loco. Todos mis compañeros tienen una de esas cosas en la espalda. No quiero volver a salir de casa.

Sexto día

Sin dormir. Desde la ventana veo a esas cosas introduciendo sus tentáculos en la nuca de las personas. Ellos duermen, no los ven. Yo sí. He bajado a la farmacia. El farmacéutico –gris, desmoronándose– me ha dado la caja de tranquilizantes que le he pedido. Los tomaré todos, me tumbaré en la cama. Espero que esa cosa reviva y me devuelva mi ceguera.





Salí del local completamente borracho.

A nadie que me conozca le extrañará escuchar algo así. Lo admito, soy un alcohólico. Pero no lo puedo remediar: la cerveza y el Stolichnaya me pierden. Aun con todo, trato de controlarme: jamás he sufrido un *delirium tremens*, ni he necesitado asistencia más allá de un café con sal o de que me metieran la cabeza bajo una fuente.

Esta noche no había bebido más de lo normal.

Se trataba de la fiesta de inauguración del pub. Quince días antes me habían dado un *flyer* a la puerta de la Excalibur. En él, con letras rojas sobre fondo negro, se podía leer *Hellraiser. Death y Brutal. Ven el domingo a tu infierno personal*. Ni lo dudé: necesitaba presentarme allí el día de la inauguración.

El domingo veintitrés de mayo –hoy, ayer, ya no sé ni en que tiempo vivo– estaba allí. El fin de semana se había convertido en un calvario, todo a causa de la boda del subnormal monárquico con la trepa de rostro afilado. Quisieras o no, el enlace te perseguía allá por donde fueras.

Necesita liberar adrenalina y aquel local en los bajos de Opañel parecía el medio ideal para ello. Entré en su oscuridad a las nueve, y lo que escuché me agradó sobremanera: Pestilence, Hypocrisy, Death, Morbid Angel, Deicide, Obituary, Cannibal Corpse... Los temas se sucedían uno tras otro desgarrando los tímpanos, obligando a los parroquianos a agitar la melena, cada cual al ritmo de su instrumento favorito. Yo, en una esquina de la barra sumergida en tinieblas, tamborileaba con la mano derecha siguiendo el bajo, mientras con la otra sostenía la enorme jarra de cerveza. Al lado, ya vacías,

bostezaban había otras tres jarras. La noche empezaba bien: a las cervezas, algo más tarde, seguirían las copas de vodka.

Y mientras, atronadora, mi música favorita. Disfrutaba como una enano. Parte de mi contento se debía a la camarera del local, una apabullante belleza de ojos grises, pelo lacio azabache y cuerpo escultural. De vez en cuando me regalaba sonrisas llenas de dientes, de brillo imposible a causa de la luz negra. Aquella sonrisa me sorbía el cerebro casi tanto como sus hechizadores ojos de granito. No podía hacer otra cosa que pedir más y más bebida, todo con tal que no se alejara de mí.

El alcohol empezó a hacer efecto en mi cuerpo, distorsionando la vista. Las luces rojas del pub creaban extraños efectos sobre los pósters de la pared, en la gente, en la barra. Todo parecía adquirir un aspecto más satánico aún. Incluso la música parecía oscilar, del rasgar de guitarras al sisear de látigos, de los gruñidos a los aullidos. Todo cambiaba, menos aquella fascinante mezcla de blanca cal viva y gris roca.

Como siempre, en un momento dado mi cuerpo dijo que ya no podía más. Me abalancé dando tumbos hacia el servicio y vomité. Noté el sudor frío empapando mi camiseta (*Yo tampoco fui invitado a la boda real, pero la pagué de mi bolsillo*, rezaba bajo el dibujo de un bufón). Cuando regresé a la barra, apartando de mi camino a los demonios y a los trasgos, saltando sobre simas de lava y esquivando máquinas de tortura, allí estaban de nuevo: el marfil y el granito, la mayor belleza que jamás hubiera visto. Pero yo debía irme ya. Pedí la cuenta con un gesto desmañado.

—No hace falta que pagues, el jefe me dice que te invita.

Sólo pude sonreír como un tonto.

—Siempre tendrás aquí —continuó diciendo la diablesa.

Acto seguido llenó una nueva jarra y me la ofreció. Yo la rechacé con la torpe vehemencia del borracho.

—Bueno, ya volverás luego a por ella. Estáte seguro de ello. Al fin y al cabo, éste es el mejor sitio del infierno, hecho a tu medida.

No comprendí lo que quería decirme. Sólo sabía que debía ir a casa, tomar una pastilla para el terrible dolor de cabeza y tumbarme en la cama. El lunes se iba a convertir, sin duda alguna, una pesadilla de resaca y cansancio.

Me dirigí hacia la salida. En los altavoces resonaba el guarro sonido del *Black Metal* de Venom. Junto a la puerta había colgado un póster con Pinhead sosteniendo un cubo de Le Marchand. Hellraiser de nuevo. Juraría que la sonrisa de Doug Bradley se amplió cuando pasé ante él. Empujé la puerta y salí al exterior, una cuba andante.

Jamás esperé ver aquello al otro lado. Los bajos habían desaparecido. Ya no estaba en un barrio proletario del sur de Madrid. Muy al contrario, ante mí se alzaba un horizonte de descomunales montañas de rojo iridiscente, sobre cuyas laderas fluían ríos de lava. A mi derecha, a escasos metros, se abría una sima de la que surgían vapores sulfurosos. El olor a huevos podridos me golpeó en las fosas

nasales. Sobre el cielo, rojo sangre, pendían dos soles girando uno en torno al otro, ébano y plata.

Una voz a mi espalda me susurró cantarina:

—¿Ves? Te dije que éste es el mejor sitio de todo el infierno. Entra y tómate otra cerveza. Como dice la canción, *Fight Fire with Fire*.

Yo no pude sino apostrofar:

–*Ending is near*.

¿Escuché un coro de carcajadas desde las alturas? No tuve tiempo para pensar en ello: la diablesa de marfil y granito me tomó de la mano, guiándome de nuevo a las brumas del Hellraiser. Los Grave bramaban a todo volumen: *You will never see... heaven!*

Nota: El pub Hellraiser *existe, está situado en los* Bajos de Opañel *(Avenida de Oporto 44, metro Opañel, Madrid) y es uno de esos pocos sitios que se esfuerzan en que la movida de la música extrema siga viva en Madrid.*
Gracias por estar ahí, tíos.

FAUNA URBANA [SE17]

Un anciano de ojos tristes entra en un bar. Camina hasta la barra arrastrando los pies, se sienta en una banqueta libre entre dos mujeres jóvenes. Sonríe, extrae del bolsillo de su chaqueta una pajita. Un río rojo, dulce, discurre por la barra en un canal de madera improvisado, y la multitud se agolpa intentando acercar su propia pajita al torrente de líquido. Se empujan, gritan obscenidades. El anciano se incorpora en su banqueta, trata de apaciguar su sed. En ese preciso momento una criatura gris, sucia, de enormes mandíbulas, surge del río bermellón. De un movimiento atrapa al anciano, y arrastra el cuerpo bajo las aguas. El hombre lucha por su vida mientras los presentes tratan de obtener una posición mejor, ignorándole. Pronto deja de luchar, y la criatura cercena su cabeza. El torrente aumenta su caudal y la multitud hunde con ansia sus pajitas, bebiendo el precioso líquido.

Un anciano de pie entre dos chicas jóvenes.

Las miradas se cruzan: la de él, tiempo, hastío y fatalismo; las de ellas, brevedad, energía e ilusión. La chica de la derecha alza la mano izquierda. Su gemela especular emula el movimiento al otro lado del anciano. Él toma ambas con sus manos.

Algo indefinido empieza a fluir: otoño, experiencia o dolor; primaveras, inexperiencia o alegría. La carne cambia. El anciano río retrocede sobre sí mismo buscando su manantial; las flores se marchitan hasta resecarse.

Un joven de pie entre dos ancianas.

Ojos que se buscan: los de él brillan con el fuego cálido del orgullo; los de ellas con resplandor gélido, rancio, cargado de experiencia. Dos garras de piel apergaminada se alzan flanqueando al chico. Él las envuelve con sus manos pletóricas.

Un brillo surge de las palmas en contacto: alegorías escritas en telarañas de luz, etéreos lienzos pintados con colores de amanecer, que danzan en torno a las ancianas, envolviéndolas. Materia que se transforma. La joven primavera salta sobre el verano buscando el invierno; de los dos capullos de polvo y tiempo surgen sendas mariposas radiantes.

Un anciano de pie entre dos chicas jóvenes.

FAUNA URBANA #2 [SE18]

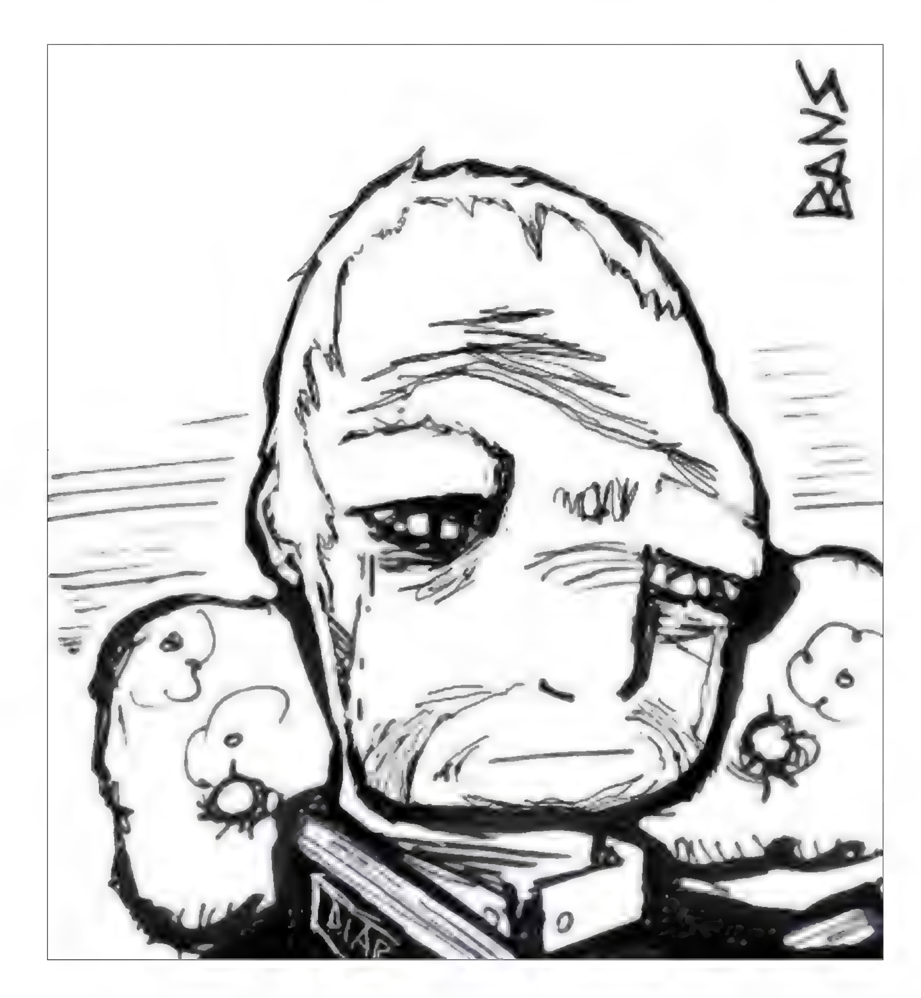


Un anciano de ojos tristes espera en la acera. Cuando la luz del semáforo se torna roja, franqueándole el paso, camina hacia la otra acera arrastrando los pies. Detenidos junto al paso de cebra, los vehículos ronronean, rugen, silban. La multitud cruza a su lado, con prisas, sin prestarle atención. El anciano sonríe, extrae del bolsillo un libro. En ese preciso momento una criatura gris, sucia, humeante, se abalanza sobre él. El vehículo arrolla al anciano, aplastando su cuerpo marchito bajo sus ruedas. El hombre intenta levantarse, pero entonces otro coche le atropella, golpeando con el parachoques su cabeza. La sangre mana a borbotones. Los vehículos rodean el cuerpo y proceden a aplastarlo una y otra vez, una y otra vez, mientras la gente alcanza la acera y el semáforo cambia de color.

EL LIBRO [FR18]

El anciano sonrió y extrajo un libro de su bolsillo. Empezó a leer. El mundo adquirió solidez: la silla donde estaba sentado, la cama de sábanas recién cambiadas, las paredes de pintura blanca, los instrumentos insertados en ellas. Todo se dibujó desde la nada.

Sonrió sorprendido.



Siguió leyendo y se descubrió vestido con un pijama, calzando unas zapatillas de gamuza. La sorpresa adquirió matices afilados, hirientes.

Cuando leyó su nombre escrito en el libro recordó. Y al hacerlo las lágrimas empaparon su rostro, marcado por la comprensión. Tiró al suelo el diario, maldiciendo su enfermedad. El horror anidaba en su estómago, susurrándole cómo al día siguiente la escena se volvería a repetir.

El señor M. compró un libro en un puesto callejero. Las solapas, arrugadas y medio devoradas por el tiempo, destacaban entre el caos de azulejos quebrados, candelabros herrumbrosos, muñecas de rostro hierático y cientos de cachivaches sin sentido.

El señor M. volvió a casa, se sentó en su sillón rojo y abrió el libro por una página al azar.

Estaba en blanco.

Comprobó que todas lo estaban, y sonrió. Se levantó, caminó hasta su escritorio, y tras seleccionar una de sus plumas, comenzó a escribir el libro. No se detuvo ni un momento, hasta que lo hubo terminado. No comió, no durmió. Pasó una noche, pasó otra, y al alba escribió la última palabra y cerró el libro. Después lo tomó entre sus manos y lo llevó a la estantería, dejándolo junto a otros seis volúmenes manuscritos, las joyas de su colección.

HUECOS EN LA ESTANTERÍA [FR19]

Me sorprendió ver ese hueco en la estantería. Acerqué la escalerilla y subí hasta situarme a la altura del vacío. Viendo los libros que le rodeaban, todos de William Hope Hodgson, no me costó mucho adivinar el título del volumen: se trataba de una edición primeriza de *La nave abandonada*.

Contemplé con extrañeza esa ausencia, el libro favorito del abuelo. Él lo podía declamar de memoria, por lo que no lo solía sacar del estante.

Pero no estaba.

De repente, en una balda cercana, otro libro empezó a desvanecerse. Pude leer su título antes de que desapareciera: *El horror de Dunwich*. Sentí cómo algo se rompía dentro de mí, algo cercano y en extremo doloroso.

Cuando mi hermana entró en la biblioteca la noticia no me tomó por sorpresa: el abuelo, tras la larga enfermedad que le había postrado alejándole de su amada biblioteca, había muerto.

Salí de la enorme habitación, que ya carecía de sentido alguno. ¿De qué sirve una biblioteca de estanterías vacías?

—Y ahora comenzaremos la presentación de nuestro nuevo autor, William Hope Hodgson —dijo el señor Ruiz, y los alumnos aplaudieron tímidamente.

—Como es habitual en el Taller Literario Nuevo Milenio, permitiremos que sea la obra del autor la que hable por sí misma, y tendremos una amistosa charla-coloquio con el mismísimo Hodgson después —continuó el señor Ximeno—. Adelante, señor Hodgson.

Los rostros de los alumnos se volvieron, y William Hope Hodgson entró por la puerta. Un olor a podredumbre, a agua encharcada, a limo, inundó la sala. El cadáver remendado del escritor británico avanzó hasta un banco y allí se sentó. Entonces, afuera, una enorme sombra cruzó por los ventanales, y un ojo gigantesco les miró a través de los cristales. Los alumnos tomaron notas en sus cuadernos mientras las algas trepaban por sus bancos y sus mesas.

—Fascinante, ¿no crees? —dijo el señor Ximeno, sin apartar la vista de los restos del galeón que alzaba sus mástiles en mitad del pasillo.

—Je —respondió el señor Ruíz—. Tendrías que haber visto el mes pasado a Lovecraft.

DE PROFESIÓN, COSTURERO [FR20]

Me gustaba más cuando me llamaban reanimador. Pero, por desgracia, ahora mismo mis labores están más cerca de la costura que de cualquier otra cosa: recoger de su tumba los escasos restos de William Hope Hodgson –para quien no lo sepa, recordarle que murió despedazado por una bomba en la Gran Guerra– y zurcirlos con algunas partes anónimas más.

Todo ello para que un par de pedantes usen al escritor en su taller literario. Herbert West, ¡qué bajo has caído! Si al menos no me hubieran robado la patente del sistema de reanimación...

ME PEGABA [SE21]

Mi marido me pegaba.

Desde luego no se trata de una historia original, simple y llanamente me pegaba. Como a muchas otras mujeres en este país sin derechos. Me pegaba, y sin embargo yo le quería. Confiaba en sus frases de arrepentimiento, en sus regalos dulces e inesperados, en nuestros románticos viajes a México, a Haití, a Nueva Zelanda. Durante días todo funcionaba, nuestra relación se llenaba de cariño y pasión.

Entonces me pegaba.

Buscaba cualquier excusa, cualquier cosa que yo no había hecho como él esperaba, cualquier error que yo no deseaba cometer. Al principio se limitaba a un bofetón con el dorso de su mano, después decidió emplearse más a fondo. Yo aceptaba los golpes con resignación, sintiéndome culpable. Después comprendí que lo que hacía no era justo, y me enfrenté a él.

Fue mi primera paliza; una semana en el hospital.

Al volver de Haití, uno de nuestros últimos viajes, me quedé embarazada. Aproveché para aprender a coser y preparar algo de ropa para el niño. Las palizas remitieron, sobre todo porque él no quería hacer daño al niño.

Yo seguí esperando, cosiendo, observando los alfileres prendidos en mi alfiletero.

Mi marido tuvo un accidente en el trabajo. Una máquina prensadora aplastó su mano derecha.

Yo seguí esperando, cosiendo, observando los alfileres prendidos en mi alfiletero.

Mi marido tuvo otro accidente un mes después: se cayó por las escaleras y se rompió una pierna.

Yo seguí esperando, cosiendo, observando los alfileres prendidos en mi alfiletero.

Me abofeteó una mañana, recriminándome algo que no quise recordar. Al día siguiente lo atropelló un coche. Varios vecinos vieron cómo su cuerpo ardía, prendido por la gasolina, mientras gritaba y gritaba y gritaba y gritaba.

Pocas horas antes, yo había dejado de coser, y mi alfiletero descansaba sobre el fogón de la cocina, convertido en una masa desecha de hilos y cenizas.

Nunca más volvería a pegarme.

Sus ojos me contemplaban con una expresión que distaba de ser vacía. Lo había logrado: dosificar la anestesia logrando que el sufrimiento del individuo se reduzca al mínimo, pero al mismo tiempo sin convertirle en un vegetal, sin apagar su consciencia. Todo un arte.

Llevé la linterna a su ojo derecho: las pupilas reaccionaron y ella apartó la mirada. Perfecto, perfecto.

Repasé por un instante la colocación de los mandos de la mesa de mezclas. Con sus cuatro pistas, resultaba perfecta para la grabación. Las palancas de los canales estaban situadas a un nivel medio. La quinta, la del *master*, la había colocado un poco más bajo, por eso de reducir el ruido de fondo. De la mesa surgían cuatro cables para sendos micrófonos de ventosa: uno adherido a la garganta de la mujer; otro a su pecho, sobre su corazón; los dos últimos estaban colocados en su vientre hinchado.

Me coloqué los cascos, dispuesto a escuchar la música.

Realicé unas últimas verificaciones en el sistema de anestesia: los diales seguían tal y como los había dejado.

Todo estaba listo.

Acerqué el carro con el autoclave a la camilla donde reposaba ella. Abrí la portecilla: allí estaban mis instrumentos, resplandecientes y se diría que ansiosos. Extraje el primero de ellos, una aguja de titanio quirúrgico de medio metro de largo y menos de un milímetro de grosor.

Acerqué la punta al vientre. Un apagado suspiro sonó en los auriculares: la mujer, que aun en las brumas de la anestesia se deba cuenta de lo que ocurría.

La aguja penetró en la carne. Un leve quejido, más por impresión que por dolor. Realicé el movimiento con extrema lentitud, dejando que ella se diera completa cuenta de lo que yo hacía. El tamborileo de su corazón ganó ritmo en los cascos; el mío intentaba seguir sus pasos, lleno de excitación.

Los sonidos, en ellos estaba la clave. Pronto, muy pronto, escucharía lo que más anhelaba.

Empujé con lentitud. Poco a poco, con suma lentitud, la aguja se adentró en la carne.

Presté la mayor atención posible a los sonidos. No, aún no.

Más dentro, más dentro.

Sí, al fin lo escuchaba: un agudo gemido, ahogado y desde dentro. Sentí cómo una humedad densa y cálida me empapaba.

En mis cascos la mujer sollozaba y el feto aprendía a llorar.

Extraje un poco la aguja y la clavé de nuevo, con más vehemencia, retorciendo el metal en el útero.

Sus gritos. Mi orgasmo.

—Tranquila, no te va a doler —dije, mirando a la mujer a los ojos.

Saqué la hipodérmica de un bolsillo y se la hundí en el cuello. La mujer gimió, más de desesperación que otra cosa. Vlad aleteó a mi lado y se transfiguró en hombre junto a mí.

—¿Qué, abuelo, otra vez con las agujitas? —dijo, exhibiendo sus colmillos.

—Ya llegarás a los seiscientos años, chaval, y me contarás que pasa con tus dientes —respondí, y vertí el contenido de la hipodérmica en mi garganta, saboreándolo.

Los servicios del 666 siempre han tenido fama de lugares concurridos y promiscuos. Pero en aquel momento, con la sesión ya cerca de su finalización, sólo había tres siniestros repasando su maquillaje ante el espejo. Uno de ellos no pudo evitar reparar en los colmillos de su compañero.

—Joer, tío, cómo molan esos piños.

El otro sonrió, luciendo aún más su par de postizos.

—Ya. Me han costado una pasta pero han quedado de veras guays.

El tercero, en la esquina del espejo, los contemplaba con ese rictus entre asqueado y cansado tan típico en los góticos muy goticosos. Indiferente, continuó aplicándose una capa de polvos blancos.

La luz se fue por un instante. El primer siniestro profirió un juramento:

—¡Mierda! A ver si pone bombillas mejores el subnormal éste de Miguel.

La iluminación regresó.

—Lo que te decía, los encargué a un dentista de Barcelona y...

De nuevo las tinieblas se adueñaron del lugar.

—¡Ostias! —gritó el de los colmillos.

—Me cago en dios, ¡joder! —exclamó el que se los envidiaba.

—Callad —dijo alguien a su derecha— y dejad de comportaros como críos —la luz volvió dando cuerpo a la voz: el chico de la mirada depresiva.

Ya había concluido con su labor de maquillado: rostro cadavérico, pómulos resaltados con sombra gris, ojos de lentillas blancas y enmarcados en rojo sangre.

Los otros dos le miraron de arriba abajo: se trataba de un nuevo, un no-habitual del local. Osea, *nadie*. Iban a replicarle con la típica frase de rechazo cuando la voz del nuevo volvió a sonar:

—Habláis de colmillos como si supierais lo que de verdad son. Mirad.

El chico sonrió. La mirada de los otros recayó en la dentadura: nada había fuera de lo normal en ella. La luz parpadeó de nuevo, y al volver el chico seguía sonriendo. Algo había cambiado en sus dientes: ahora todos parecían más largos, más afilados, incluso brillantes. Otra vez se hizo la oscuridad. Pero no del todo: una media luna, tumbada y cuajada de punzantes triángulos, resplandeció en la noche del servicio. La luna se dividió en dos mitades y dijo:

—¿Os gustan? Todos vuestros —y los dos grupos de triángulos se dividieron para formar una plétora de incisivas agujas, cada una de la cuales voló buscando un pedazo de carne que horadar.

FAUNA URBANA #3 **[SE23]**

Dos jóvenes vestidos de negro, con los rostros maquillados y los dientes afilados, revolotean alrededor de una joven que baila sobre la pista, bajo los focos, contorsionándose como si una decena de demonios trataran de poseerla a la vez. Dos jóvenes más se acercan a los primeros, revolotean a su alrededor. No se atreven a acercarse. De pronto, la chica cae al suelo, desfallecida. Los siniestros se abalanzan sobre ella, pero aparecen otros jóvenes, sonrientes, vestidos de rojo y negro, mostrando sus dientes afilados, alejándoles con gestos violentos, atrapando a la víctima entre sus fauces y marchándose de la sala de baile con ella.

LAS ESTACAS A VECES FALLAN **[FR23]**

La chica cayó al suelo desfallecida por el dolor. Su rostro adquirió un aspecto lívido, que contrastaba con la sangre que manaba de su oído derecho. En él tenía clavada una estaca, que ya era inútil. La pequeña oruga había vencido: una vez hubo esquivado la punta de la púa, su camino del oído al cerebro ya no tuvo freno alguno. Las mandíbulas royeron, y royeron y royeron.

—Orugas, eso es lo que son todos, hijo —dijo el instructor mientras guiaba al aspirante por el pasillo—. Vienen a mi dispuestos a devorar todo lo que sea, hasta convertirse en luchadores para la arena.

El aspirante asintió. Se detuvieron ante una puerta, el instructor la abrió. En el interior una docena de luchadores, los rostros cubiertos con máscaras, los torsos desnudos surcados por cicatrices, se volvieron y les miraron.

—¿Seré yo ahora una oruga también? —preguntó el aspirante.

El instructor sonrió y le empujó al interior del cuarto.

—No, hijo —dijo, mientras los hombres desenvainaban espadas y empuñaban hachas, acercándose al aspirante—. Ya te dije que ellos vienen dispuestos a devorar lo que sea.

UN ACCIDENTE TRAS OTRO ACCIDENTE [FR24]

Estuvo toda la mañana irritable, agitado, incluso ansioso. Se trataba de algo extraño en alguien como él, casi por norma sosegado. De repente, tras el mediodía, su comportamiento sufrió un cambio drástico: parecía apático, desganado, adormecido. Le pregunté si se sentía bien, ya que su rostro estaba lívido. Él negó con la cabeza:

—Ha debido ser algo de la cena, no te preocupes. Nada importante.

No quise insistir, así que regresé a mi laboratorio, el de hematología. Tras el accidente aéreo de anteayer estabamos saturados de trabajo: no resulta fácil ni grato identificar a personas teniendo como única referencia un pedazo de su carne. Fran trabajaba secuenciando tejidos. En la cámara frigorífica de su laboratorio se acumulaban pequeñas muestras de carne que horas antes pertenecían a madres, padres, hijas hijos. Personas sintientes y con vidas, ahora anónimos pedazos de materia en descomposición.

Como todas las tardes, le busqué antes de salir para casa. El laboratorio estaba vacío. Sin embargo la centrifugadora pitaba avisando que las muestra estaba ya lista. Me acercaba extrañada, dispuesta a apagarla, cuando le encontré desmayado en el suelo, cianótico y empapado en sudor. Sus manos estaban frías, muy frías. Cogí el teléfono y solicité ayuda. Mientras, adelantándome para ayudar y previendo algo grave, tomé una muestra de su sangre.

Ha pasado una hora desde eso. Ya dispongo de los resultados: Fran sufre un shock séptico. Septicemia, envenenamiento de la sangre. Me dicen que no tiene ninguna herida en su cuerpo. Sin embargo la bacteria ha debido entrar en su cuerpo de alguna manera. Sólo se me ocurre una forma, pero me parece inverosimil. Me gustaría pensar que el resultado está mal, un accidente (el mío) tras otro accidente (el del avión). Desde que nos llegaron los restos trabajamos bajo presión, horrorizados ante el desastre. Pero lo he revisado y no cabe duda: septicemia.

Recuerdo sus palabras (*ha debido ser algo de la cena, no te preocupes*) y al hacerlo se me pone la piel de gallina. Él tiene acceso a los restos de los cadáveres del accidente. Lleva semanas hablando de Jean–Bedel Bokassa, de Idi Amin Dada y de Atila, entre otros (Magallanes y Cook incluidos).

Y la septicemia se contagia comiendo carne cruda en mal estado.

Descendimos por la cuenca del río, sintiendo como el sudor empapaba nuestras ropas y los mosquitos bebían nuestros jugos. El guía nativo nos indicó varias veces que nos agacháramos en el interior de la canoa, para evitar posibles ataques de tribus desde la orilla. Sabíamos que bajo nosotros cientos de pirañas esperaban ansiosas que flaquearan nuestras fuerzas y cayéramos a las aguas negras para devorarnos.

No lo hicimos.

Continuamos viaje hasta un improvisado muelle de madera y algas, y allí descendimos con ayuda de nuestro guía. Después, ya solos, nos internamos entre la densa vegetación de la selva en dirección a la aldea que nos habían indicado. Al llegar, varios hombres y mujeres desnudos, los rostros angulosos y la mirada fría, nos esperaban alrededor de una enorme olla de hierro oxidado. Realizamos los saludos rituales, nos sentamos junto a ellos.

—¿Es ahora cuando me mostrarás el secreto de tu salsa de naranjas? —me preguntó Sylvie, y yo asentí con un gesto, sin mirarla.

Dos hombres se abalanzaron sobre ella. Chilló, se debatió, intentando evitar que arrancaran su ropa.

No lo consiguió.

Desnuda, la piel blanca surcada de pequeñas heridas, la mirada perdida, parecía un pequeño ciervo asustado esperando la muerte. Estaba equivocada si pensaba que iba a ser tan fácil. Varios hombres la sujetaron mientras otro la violaba. Se turnaron, ignorando sus gritos, sus súplicas.

Yo encendí un cigarrillo.

Después cortaron su piel con cuchillos de pedernal, desgarrando los músculos de brazos y piernas. Sylvie ya no chillaba. La lanzaron al interior de la olla, removieron en silencio.

Yo apagué el cigarrillo, me incorporé.

—Enviádmelo de la forma habitual —dije, volviendo al muelle.

Una chica joven, hermosa. La salsa me duraría un par de años.

Lo justo para encontrar de nuevo a mi media naranja.

Montamos en las canoas, dispuestos a pasar una apacible tarde en el río. Íbamos dos parejas en dos embarcaciones.

La bruma llegó sin avisar, ocultando al sol. Proseguimos río abajo.

Las aguas se embravecieron. Consultamos los planos: para nuestra sorpresa, en ellos no se describía nada similar. No pudimos dar con la orilla, tragada en la niebla. El temor anidó entre nosotros.

Al cabo de un tiempo descubrimos con enorme incredulidad que las aguas fluían pendiente arriba. No supimos que pensar.

El sol se ocultó, devorado por el horizonte invisible. Una nueva presencia lo sustituyó, un bramido sordo y grave resonando ante nosotros. Temimos una catarata.

La inclinación de las aguas que subíamos superaba los cuarenta grados. La bruma se intensificó, el bramido lo llenaba todo, el cauce se volvió casi innavegable. Desesperados, optamos por atar las canoas una a la otra en un inocente intento para no dispersarnos.

Entre gritos desesperados e inútiles manos auxiliadoras caí al agua. Les perdí, engullidos en la niebla. Sus llamadas quedaban apagadas por la cada vez más cercana cascada.

Al final llegó, colosal, con su imposible caída hacia arriba. Me engulló con salvaje ansia.

Para mi sorpresa sobreviví a la experiencia. Magullado pero sano, aún bajo el manto de húmeda oscuridad, nadé alejándome del leviatán.

Entonces los escuché: susurros sibilinos sobre las aguas, acompañados de sonido apagado de remos. Por un instante creí que se trataba de mis amigos, pero un impulso me hizo sumergirme. Algo me instaba a bucear, a huir de aquellas voces y no atender a su llamada.

Aún lo hago, esquivando esas insistentes presencias que temo afrontar. Mi cuerpo ha cambiado, adaptándose al medio acuático. El cambio va más allá de lo físico: ya no necesito alimentarme, sino que me nutro de nostalgia, de los recuerdos. Éstos me poseen cuando, al abrirse la niebla, al despejarse las nubes, puedo contemplar allí abajo los bosques, las montañas, los ríos, los mares...

De nuevo las voces. He de huir.

—Debo marcharme ya —susurré, y besé a Elizia en la mejilla.

Ella sonrió, se cubrió con las mantas y se volvió a dormir. En silencio caminé hasta la cocina y me terminé mi tazón de leche. Después salí al exterior, al amanecer. Hacía frío aquella mañana, el frío húmedo de la costa que se te cuela en los huesos y los quiebra con el tiempo. Respiré profundamente un par de veces, sintiendo como mis pulmones gruñían por el esfuerzo, y después bajé caminando por el muelle hacia las embarcaciones.

—¡Buen día! —dijo Laudio al verme llegar—. La barcaza ya está lista, sube.

Le saludé con un gesto y subí a bordo. Dos marineros me ayudaron a colocar el arpón mientras otro –joven, inexperto– se encargaba de las redes. Zarpamos algunos minutos después, cuando el sol despuntaba en el horizonte, dejando atrás el puerto que empezaba a despertar de su letargo nocturno. Nos acompañaba otra embarcación menor, una de las buscadoras de arpías. Cuando nos internamos en la zona de arrecifes abandonó nuestra estela y se dirigió a mar abierto, hacia la península.

—Hoy deberíamos traer al menos una —dijo Laudio, apoyando su mano sobre mi hombro.

Yo asentí, preparando el arpón sobre los arneses de cuero. Al menos una, eso era lo que esperaban nuestras familias. Serviría de aviso para las demás, las invitaría a permanecer en los arrecifes y no acercarse hasta nuestras playas.

—Estamos llegando —dijo Laudio, y se volvió para dirigirse a la tripulación—. Preparad vuestros amuletos de cera ungida. ¡Estamos llegando!

Los primeros rayos del sol rasgaban el azul del mar como un tridente de fuego cuando avistamos a las primeras piezas. Descansaban sobre los arrecifes, sonrientes, sosteniendo entre sus manos las arpas doradas fabricadas con los huesos y los ligamentos de los marineros desaparecidos.

—¡Arponeros, preparados! —gritó Laudio, pero ya no podíamos oír sus palabras.

Los tapones de cera cubrían nuestros oídos, en un burdo intento por eludir la terrible canción de las sirenas. Mientras nos acercábamos vi como el rostro de aquellas criaturas infernales se convulsionaba, mostrando su verdadera naturaleza. La música que surgía de sus gargantas diabólicas nos hechizaba, nos convertía en un rebaño de ovejas en sus garras de lobo. Afortunadamente, nuestros amuletos de cera nos protegían. Ellas sonrieron, nos hicieron gestos con las manos, invitándonos a saltar. En un primer momento no lo entendí. ¿Por qué no huían como otras veces? Preparé el arpón, sintiendo la textura de la madera bajo mis manos agrietadas. Apunté con cuidado, y comprobé de reojo que los otros dos arponeros procedían de manera similar.

Y, entonces, un hombre cayó al agua.

El marinero joven que había visto encargarse de las redes había olvidado sus tapones. O quizá, en un acto impulsivo e irracional, se los había quitado para escuchar la voz de las sirenas. Ya no importaba. Ellas se abalanzaron sobre él como hienas sobre la carroña, deslizándose sobre el agua con sus enormes aletas negras. Sintiendo las lágrimas aflorar en mis ojos, disparé mi arpón, atravesando el cuerpo de una de las sirenas.

—¡Las redes! —aulló Laudio—. ¡Lanzad las redes!

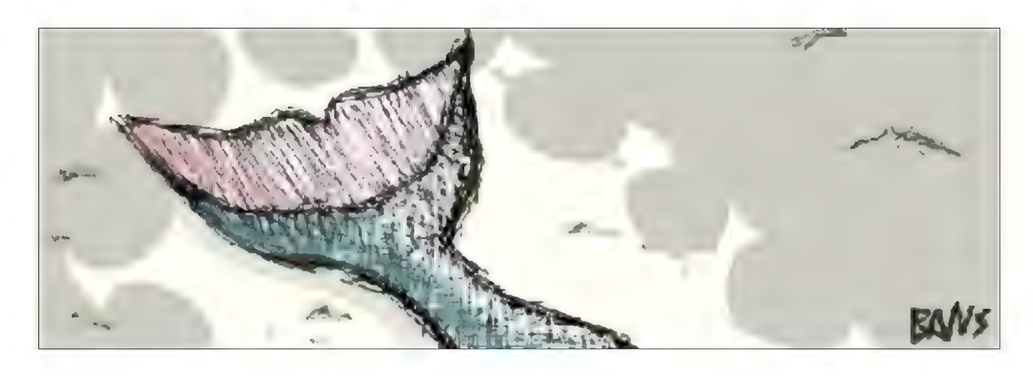
Pero ya era demasiado tarde. Las sirenas desaparecieron bajo las aguas, arrastrando consigo el cuerpo de su hermana muerta y el cadáver despedazado de nuestro compañero, en cuyo rostro mutilado podía descubrirse una radiante sonrisa.

Laudio fue el primero en quitarse los tapones de los oídos, después lo hicimos los demás.

—Volvemos a casa —dijo, apesadumbrado, y supe que, antes o después, como muchos otros, yo no volvería, y me quedaría allí con las sirenas, escuchando su música maldita el resto de la eternidad.

LA SIRENA Y LA CIUDAD [FR26]

La encontraron tendida en la playa, su hermoso cuerpo exánime resplandeciendo a la luz del amanecer. Tenía un cabello largo y fino, tejido con las mismísimas hebras del sol. La piel de su rostro, de su torso, de sus brazos, toda ella pálida y tersa, brillaba perlada de pequeños pero fulgurantes destellos de arena. Su parte inferior, sorprendente al mismo tiempo que no exenta de belleza, parecía de pez. Parecía, mas sin serlo de verdad. En efecto, sorprendían y desconcertaban aquellas dos extremidades palmeadas cubiertas de esmeralda y lapislázuli.



La noticia se propagó: una sirena había aparecido muerta en la mediterránea ribera. Los pescadores de los alrededores acudieron a ver la maravilla abandonada.

Un día, al poco tiempo, un nombre empezó a saltar de boca en boca: Parténope. Nadie pudo aclarar el origen del mismo: quizá el mismo dios del mar se lo había susurrado a algún peregrino en sueños; o tal vez alguien lo hubiera escuchado susurrado en el rumor de las olas; o a lo mejor había aparecido escrito en la arena, junto al bello cadáver. Pero el nombre perduró como realidad auténtica, asignado a la bella muerta: Parténope.

La gente peregrinó para contemplar su cuerpo maravilloso, acampando a su lado. Algunos dijeron que se debía erigir una tumba de sólida roca para perpetuar su recuerdo, otros hablaron de construir una urna de cristal de roca desde la que contemplar por siempre su belleza. Al fin optaron por alzar sobre sus huesos un templo de líneas estilizadas, un monumento que tratara de igualar, si no su hermosura, sí su delicadeza.

Los artesanos trabajaban en el edificio al mismo tiempo que las multitudes llegaban sin pausa. Las tiendas dieron paso a las chabolas, los cobertizos a las cabañas, y éstas a las casas que luego se hicieron palacios. Una telaraña de calles bulliciosas circundó el corazón silencioso de Parténope, y la ciudad creció arropada por su memoria. Un recuerdo que aún persiste, pero escondido tras otro nombre: Nápoles.

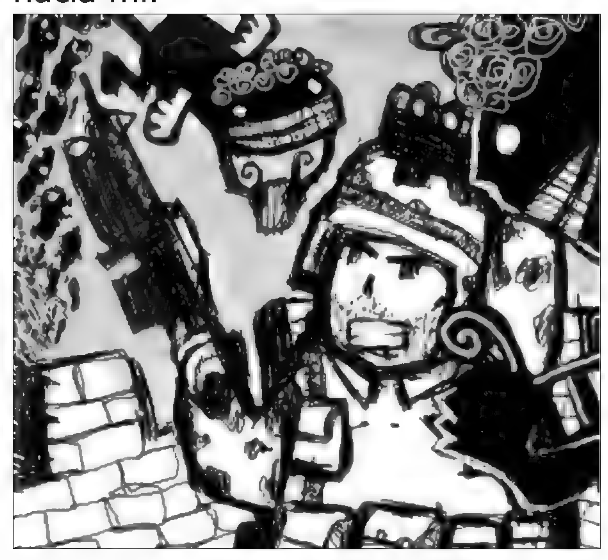
A lo lejos, las sirenas comenzaron a aullar.

—Aquí vienen de nuevo —susurró una mujer a mi lado, y desapareció escaleras abajo.

Miré a mi alrededor, a las almenas que coronaban la ciudad, donde otros hombres armados como yo observábamos de reojo las nubes grises que cubrían el cielo. Las sirenas gritaron, rasgaron el aire. Cada vez sonaban más cerca, más fuerte.

Temblé.

Sostenía entre mis manos uno de los pocos rifles que nos quedaban, y a mis pies se amontonaban las cajas de municiones. Sin embargo, sabía que todo aquello serviría de poco si venían directos hacia mí.



—¡Atentos ahora! —gritó una voz mientras las nubes se rasgaban y un rayo de luz del ancho de un edificio grande caía hasta el suelo.

Los ángeles, enormes querubines sonrosados de grandes alas blancas, descendieron de los cielos hacia nosotros. Cargué mi arma, apunté.

—*Bienaventurados seáis los desarmados, pues vuestro será el Reino de los Cielos* —canturrearon mientras aleteaban, acercándose hacia las murallas.

Maldije en silencio y escupí al suelo. Nadie me negaría mi derecho a no creer.

—Al infierno —dije, y comencé a disparar.

—Debo salvarles.

Su voz siempre estaba dotada de una determinación y potencia supremas, pero en esta ocasión la energía que emanaba me aplastó. Cuando el silenció regresó sentí la mirada de los querubines atravesándome, revelando mi inquietud. Los confidentes serafines flamearon con un destello demasiado similar a la ira. La voz melodiosa de un trono me invitó a salir del salón. Obedecí sumiso, cauterizando la herida de la duda con el fuego de la fe.

—Debo salvarles —insistió detrás de mí el Glorioso—. Al precio que sea.

Si hubiera tenido ojos, hubiera llorado; si hubiera tenido corazón, se me hubiera partido. Sin embargo salí para dar órdenes a las huestes que aguardaban fuera. Cumplía mi obligación como fiel dominación: ejecutar Su Voluntad.

¿QUIÉN? [SE28]

Publicado en el ezine The Plague

Al principio fue un cosquilleo, una sensación extraña que recorrió suavemente mi cuerpo de pies a cabeza. Después sentí una descarga eléctrica, miles de voltios invadiendo mi organismo y estallando en mi cerebro como una feria de fuegos artificiales. Creo que justo en ese instante mis pulmones inspiraron una bocanada de aire rancio y corrompido en un acto reflejo incontrolado, como si aquello tuviera algún sentido en mi actual situación.

Abrí mucho los ojos, pero una oscuridad absoluta me envolvía como una mortaja. A pesar de ello, no sentí miedo. Comencé arañando la tapa de madera, terminé golpeándola con mis puños. No tardó mucho en ceder, y la húmeda arena se apoderó de mi recinto privado en cuestión de segundos. Aterrado, excavé con mis manos en aquella masa que me aplastaba, jadeando por el esfuerzo. No era consciente de lo que estaba ocurriendo, simplemente sentía una imperiosa necesidad de salir de allí.

Cuando mis manos alcanzaron la hierba fresca y mis ojos vieron la brillante luz, supe que había alcanzado mi destino. Salí de aquella tumba en la que había descansado durante apenas tres días y me dejé caer en el suelo, junto a mi lápida. A mi alrededor multitud de personas paseaban sin rumbo alguno, perdidos en el nuevo mundo prometido. Aunque quizá personas resultara algo pretencioso para designar esqueletos vestidos con andrajosos trapos, cadáveres semidescompuestos y cuerpos mutilados que se movían entre mudos ángeles de piedra que los observaban con aire de condescendencia.

Me incorporé y miré a mi alrededor. Un grupo de personas cada vez más numeroso se agolpaba cerca de un mausoleo. Gemían, lloraban. Sus lamentos despertaron mi curiosidad y decidí acercarme hasta ellos. Mis movimientos eran torpes, imprecisos. Acaricié con la lengua mis labios cosidos y maldije en silencio la situación que me había tocado vivir.

—Está muerto —susurraban algunos.

—Allí tendido, como una marioneta sin hilos —gemían otros.

Y no mentían. Impecable, con su túnica blanca, su larga barba, sus pies desnudos y sus manos blancas de dedos largos. Con su rostro hermoso de una belleza más allá de toda descripción, resplandeciendo con amor y entrega. Y estaba muerto, muerto a nuestros pies.

—¿Quién ha podido hacer esto? —gritó un hombre, sosteniendo su mandíbula con las manos.

Lo miré. ¿Quién habría podido matar al Padre? ¿Quién habría causado daño intencionadamente a nuestro resurrector? Miré mi cuerpo corrompido, mis manos sangrantes. Miré con ojos vacíos, sin vida. Y entonces un enorme lamento se apoderó de mí. Un lamento

profundo que llenó mi alma. En ese momento comprendí los gemidos, los llantos.

¡Yo!

¡Yo mismo le hubiese matado!

¡Con mis propias manos!

¡Todos lo hubiésemos hecho!

DIOS HA MUERTO [FR28]

—Dios ha muerto —sollocé cuando se hicieron las tinieblas. Mi cuerpo se retorció en una agonía que iba más allá de lo físico.

—Sí —murmuraron las sombras; notaba sus sonrisas afiladas—, y tú le has matado. Es tu hora —apostillaron al empujarme, ansiosas por devorar mi alma.

No pude escuchar el chasquido del cuello al rompérseme. Tampoco me importaba: en mis oídos aún resonaba el tintineo de las treinta monedas con las que vendí mi traición.

—Una monedita, por caridad —dijo el hombre vestido con harapos que descansaba al lado del río de sangre.

Impulsado por mi bonhomía natural, me acerqué a él, pero una mano firme se posó en mi hombro y me retuvo.

—Déjale —me dijo el dueño de la mano, con gesto adusto—. Tenía treinta monedas para el barquero, pero prefirió gastarlas en vino para olvidar antes de ahorcarse.

—Como quieras —respondí, subiendo a la barcaza negra y entregándole un billete al barquero—. De todas maneras, no llevaba suelto.

—Una monedita por caridad —dijo el mendigo.

Harapiento, con la piel llena de ampollas y heridas mal curadas, yacía tendido en el suelo. Desde allí me observaba con gesto implorante.

—Tome —dije y le lancé una moneda de cincuenta céntimos.

Él la miró eufórico. La cara, la cruz. Alzó la cabeza, sus ojos buscando los míos.

—Gracias. Lo logré —murmuró, e introdujo la moneda en una extraña hucha con forma de barca.

Ante mis ojos la barca empezó a brillar. Y mientras resplandecía, su forma cambiaba: como si estuviera dentro de un horno, la hucha se derritió hasta que sólo quedó de ella un pequeño charco plateado. Me acerqué, a la vez extrañado y curioso. El charco no era tal, sino una moneda de plata de aspecto antiguo.

Nada de cuanto veía tenía sentido alguno, pero una sensación de fatalidad empezó a atenazar mi alma.

El pedigüeño, que no se percataba de mi creciente pavor, se introdujo la moneda en la boca y cerró los ojos. Estaba llorando, pero no podía determinar si lo hacía de alegría, de locura o de qué. Una lágrima se deslizó por su rostro hasta llegar a una gran ampolla en su cuello. La pústula estalló, dejando escapar un pequeño río de pus. Éste pus manó, denso y blancuzco, sobre la piel. A lo largo de su camino lanzaba finas vaharadas, como las que provocara el ácido de entrar en compacto con carne.

Nuevas pústulas reventaron. Al cabo de unos instantes el mendigo estaba oculto tras una vaporosa nube, causada por el pus ácido.

Salté hacia atrás, horrorizado ante la virulenta descomposición del mendigo. En unos pocos instantes no quedaba de él más un charco de limo blancuzco y burbujeante. Huí del lugar, tratando de exorcizar de mi mente aquella visión, el recuerdo de aquella mirada: los ojos del mendigo resplandecían de gozo mientras el pus corrosivo devoraba su carne. Esos mismos ojos, lo único identificable como humano que quedó flotando en el lodo, dos horribles boyas recuerdo de su anterior dueño.

Susana y yo caminábamos en silencio por el parque, cogidos de la mano, mirándonos como si fuera la primera vez que nos veíamos. Cada diez pasos que dábamos nos besábamos, y luego sonreíamos como adolescentes. Ya había anochecido, y hasta la luna mostraba su sonrisa menguante al paso de los enamorados. Al llegar a una bifurcación del camino, que conducía hacia una pequeña fuente de piedra, un hombre vestido con harapos nos asaltó.

—Una ayuda —dijo, mostrándonos sus dientes amarillentos, contagiando el ambiente con su olor a rancio.

—Apártate ahora mismo, maldito vagabundo de mierda — respondí con voz firme, apartándome de él.

Susana soltó mi brazo, mirándome con rabia.

—Una ayuda, por favor —repitió el vagabundo, acercándose.

—¿Es que no tienes caridad? ¿No puedes ayudarle? —dijo Susana, las mejillas encendidas.

El vagabundo se quedó de pie, a un lado del camino, esperando. Yo miré a un lado, a otro. Los ojos de Susana refulgían de rabia.

—Está bien, maldita sea —dije, atrapando a Susana con el brazo derecho y tapando su boca con la mano izquierda—. Vamos, ya te estoy ayudando.

El vagabundo sonrió con su boca quebrada, y dio dos pasos hacia nosotros, hasta que sus manos negras de uñas rotas se posaron sobre el cuerpo de Susana con lascivia. Ella intentó gritar, pero yo mantuve firme mi presa.

Al fin y al cabo, algunas personas necesitan ayuda para todo.

—Joder, tío: ha sido lo más, lo más —me dijo Luis una mañana.

Estaba pálido, ojeroso, al tiempo que hiperactivo.

—¿El qué?

—Ven y te lo enseñaré.

Montamos en su coche. Las calles se sucedieron una tras otra hasta llegar a la periferia. Y de ahí al cementerio. Aparcó en la entrada. Yo no comprendía nada.

—¿Qué hacemos aquí?

—Experiencias extremas. Lo sabes.

—Pero, ¿aquí?

Como respuesta Luis sólo alzó sus manos ante mis ojos. Entonces me percaté de que las tenía sucias, negras, y las uñas desgarradas y rotas. Aún tenía restos de sangre coagulada en los dedos.

—No me jodas que te has enterrado vivo y has salido así, con las manos.

Él asintió en silencio. Empezamos a caminar entre las tumbas.

—Sí. Conseguí que el enterrador, viejo amigo mío, me devolviera un favor y... ya sabes —dijo guiñándome un ojo.

Me detuve anonadado. Luis siguió unos pasos y, al percatarse de que me había parado, se volvió para mirarme.

—Estás completamente colgado. Y todo eso por un subidón de adrenalina. Enterrarse vivo, por dios.

—No, si la subida de verdad no me la ha dado el escapar del ataud. Lo que me ha puesto los pelos de punta y el corazón a cien —en sus labios se dibujó una sonrisa sin alegría alguna, sino cargada de algo que sólo puedo definir como placer morboso, enfermizo— han sido las voces que, desde dentro, me susurraban que me quedara.

El hombre jadeó, la piel cubierta de sudor, el cuerpo convulsionado de placer. La mujer se movió para permitir que la penetrara más profundamente, y dejó escapar un gemido.

—Es... la luna llena —gruñó el hombre, alzando la cabeza, mostrando sus ojos amarillentos.

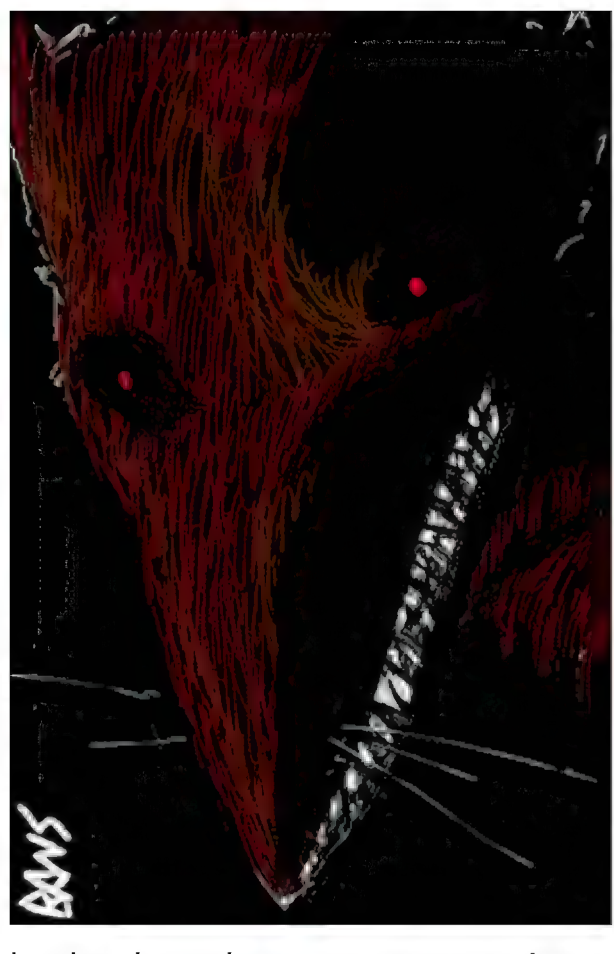
Su cuerpo se cubrió de pelo, su rostro se transformó en la máscara de una bestia. Aulló, y sus aullidos ahogaron los gemidos de la mujer. Dos hombre vestidos de cuero negro tomaron de los brazos a la bestia y la arrastraron al suelo, descabalgándola de la fémina. El licántropo luchó mientras lo apartaban de su concubina, llevándole a una celda. Un hombre vestido con bata blanca se acercó hasta la mujer. La piel blanca mostraba heridas sangrantes en diferentes puntos, y faltaba un pezón de uno de sus pechos.

—¿Y bien? —inquirió el hombre.

La mujer se incorporó con un gesto de dolor en el rostro, apretó los dientes.

—Excelente —susurró—. Dígame cuánto le debo. Y para la próxima semana prepare los dos dogos argentinos, creo que me he enamorado.

LA MADRE QUE ALIMENTA [FR31]



Oscuridad hendida por un tenue hilo de luz amarillenta.

Un bebé enganchado al pezón de su madre, mamando indefenso. Ojos ciegos, irritados y secos de llorar. Leche que cambia de sabor, de color.

La piel de la madre, fría como la tierra en la que yace. Y sin embargo, se mueve. Se mueve, tiembla, animada por afilados taladros de marfil, coronado por resplandecientes ojos malignos.

Ratas que devoran la mujer muerta. Ratas que se mueven curiosas en torno a la desvalida criatura.

La caricia de unos bigotes, el tacto de un pelamen lustroso y cálido.

Un erecto pedazo de carne, palpitante de vida. Él lo huele, lo palpa con sus manitas. Lleva la boca hacia el regalo inesperado, chupa y sonríe.

Una madre nueva que se alimenta de la madre vieja, unidas por el hambre de un hijo. Hambre saciada. Por ahora.

Un macho repudiado, hambriento de venganza, venganza no satisfecha.

Un bebé enganchado al pezón de su madre, mamando indefenso. Carne para el macho, para el padre.

Y, siempre, hambre.

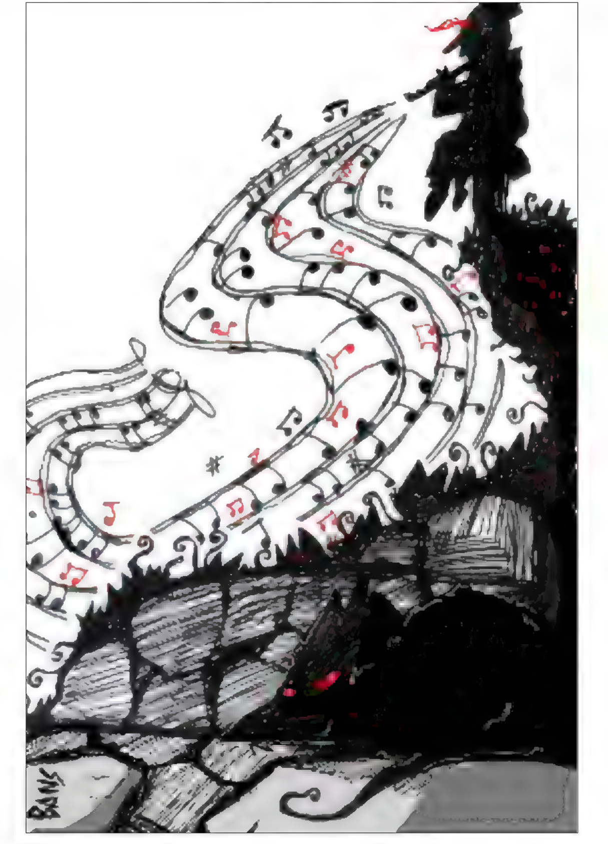
EL FLAUTISTA [SE32]

Un cuento infantil

Llegué al pueblo armado con mi sonrisa, mi flauta y unas mallas verdes ajustadas que resaltaban mis muslos torneados. El alcalde, orondo personaje de palpitante papada y manos nerviosas, me suplicó ayuda mientras me tendía una bolsa harapienta repleta de monedas de oro. Acerqué mis manos para apropiarme de la bolsa, pero el bufón grasiento la apartó de mi alcance y me dijo que sería mía al terminar el trabajo.

Le creí.

Comencé mi melodiosa tonadilla en el centro de la plaza y, al cabo de unos minutos, cientos de ojos rojos y cuerpos peludos me rodeaban, bailando al son de mi flauta. Sonreí mientras caminaba –saltando, bailando– y las ratas me seguían, sin dejar por un instante de tocar mi hipnótica melodía. Las conduje hasta una enorme y oscura cueva, y allí las abandoné a su suerte.



Volví al pueblo armado con mi sonrisa, mi flauta y un sombrero de pico verde engalanado con una pluma de oca. El alcalde, inmenso y excitado, me recibió con las manos vacías. Sonriendo, rodeado por su leal guardia –fornidos, piel morena, dientes blancos– me indicó con gesto amable que abandonara el pueblo antes del amanecer. Si no lo hacía, sus efebos me recordarían la posición exacta de todos los puntos de mi piel en contacto con mi sistema nervioso.

Le creí.

Me marché a las afueras del pueblo, y comencé mi melodiosa tonadilla. Al cabo de unos minutos cientos de ojos alegres y cuerpos sonrosados me rodeaban, bailando y cantando al son de mi flauta. Sonreí mientras caminaba –danzando, girando– y los niños me seguían, sin dejar por un instante de tocar mi hipnótica melodía. Conduje a los niños hasta una enorme y oscura cueva, y allí los dejé para retornar al pueblo y negociar con sus habitantes el rescate.

Volví al pueblo armado con mi sonrisa, una espada afilada y el recuerdo presente del llanto contenido de mis rehenes. Los pueblerinos, tras colgar a su alcalde en la plaza y verlo agonizar, me

tendieron varias bolsas harapientas repletas de monedas de oro. Extendí mis manos para recogerlas, y les prometí volver con los niños antes del anochecer.

Me creyeron.

Sonreí mientras caminaba –tarareando mi melodiosa tonadilla– en dirección a la cueva, y cuando llegué comprendí que había errado en un insignificante detalle.

Había escogido la misma cueva para las ratas y los niños.

Así que no volví al pueblo, y me marché de allí lo más rápido que pude, armado con mi sonrisa, mi flauta y un terrible sentimiento de culpa dando vueltas en mi cabeza.

Escuché sus flautas interpretar ritmos sin sentido alguno. Me llevé las manos a los oídos, tratando de evitar esas melodías capaces de arrebatar la cordura a los incautos que las oyen. Pero, tentado por la curiosidad, no cerré los ojos. Los vi: bailaban retorciéndose como serpientes, girando ciegos alrededor de un remolino de tonos apagados y mohosos.

Al despertar recordaba todo con una intensidad casi dolorosa. En mis sueños había imaginado ver a Los que Danzan en el Caos. Con la sensación de angustia aún en mi interior contemplé el libro tendido en la cama: *Los mitos de Cthulhu*. Sin duda su lectura me había afectado más de lo que yo me esperaba. Consulté el reloj y vi que apenas quedaba un cuarto de hora para que sonara. No merecía pena volver a acostarme, así que me levanté y fui a la cocina. El trabajo no entendía de pesadillas.

Poco a poco, tras el desayuno y el viaje hacia el observatorio, la sensación oprimente se fue disipando.

Ya en la sala de ordenadores, conectado a los demás observatorios del mundo, revisé las últimas fotos recibidas por Eddie, nuestro ordenador central. Una de ellas me llamó la atención: se trataba de una débil emisión captada por uno de los novedosos T.C.P.E., telescopios de campo profundo extremo. Éstos tenían por misión otear distancias casi imposibles, fuentes de energía tan distantes que su luz era coetánea al origen del universo. La imagen en cuestión, cercana al espectro de los rayos X, poseía mala calidad, aspecto brumoso y sufría una fuerte falta de definición. Leí los datos de la emisión. Todo un récord: veinte mil millones de años. Desplegué en la pantalla la leyenda de colores y, en efecto, todos estaban muy próximos a la alta radiacción, a los rayos X.

En una sección cercana al centro de la foto se distinguía una fuente a todas luces poderosa. Activé el zoom y ordené a Eddie que procesara los datos. Algo me decía que podía estar tras el rastro de un agujero negro primigenio, algo antiguo e importante de verdad.

Mientras el potente ordenador procesaba los datos brutos, me entretuve enredando en la imagen original. Apliqué filtros, eliminé secuencias de distorsión. Poco a poco empecé a adivinar algo. Sorprendido, activé la matriz tridimensional: la imagen tomó volumen ante la pantalla. Para mi horror, allí estaban. Incluso los escuché. Sí, digo bien: no sólo los vi sino que pude oírlos. Melodías no concebidas para ser escuchadas por mortales, surgiendo de formas inenarrables que danzan en torno a un horror estúpido y brutal.

Volví a activar la consola de control de Eddie y mande imprimir el resumen detallado de los datos, junto con la extrapolación que de ellos había hecho. Salté hacia la impresora y casi arranqué las hojas de la bandeja. Comprobé frenético las lecturas, los datos asociados. Y –no me causa vergüenza admitirlo– me desmayé, aterrorizado al descubrir lo que estos significaban. Entre los folios que vomitaba la

impresora uno de ellos me había provocado un horror más que absoluto: en la fotografía se apreciaba, surgiendo de un torbellino de caos (la fuente de alta radiación), una masa informe, colosal y oscura; una masa que –las lecturas no dejaban lugar a duda– no mostraba un desplazamiento al rojo, sino todo lo contrario.

Se acercaba, el cruel mensajero de Azathoth se acercaba a la Tierra.

LA BELLA DURMIENTE [SE33]

Un cuento infantil

Érase una vez una bella joven llamada Talía cuya pasión consistía en dejar pasar las horas muertas junto a su ventana, observando a la gente. Su condición de princesa le permitía veleidades como aquellas, y no tomaba en consideración las continuas quejas de sus padres sobre su comportamiento. Ellos, sabedores de que una terrible maldición pesaba sobre su hermosa hija, procuraban acceder a todos sus caprichos murmurando débiles protestas pero nunca obligándola a hacer algo que no deseara.

Sin embargo, a pesar de todo ello, un día de lluvia la princesa decidió visitar la parte alta del castillo, encontró una rueca de hilar lino, y se pinchó el dedo índice, justo bajo la uña, con una astilla.

Quedó entonces tan dormida que parecía muerta.

El reino vivió la tragedia con dolor, y en menos de diez años todos los habitantes abandonaron el castillo y los casas y los campos, mientras una maraña de espinas crecía alrededor del lugar, ocultándolo a los ojos de los hombres.

Al menos esa era la historia que Giambattista, noble napolitano, había oído de boca del hombre que, impaciente, permanecía de pie a su lado. Contrahecho, poco agraciado, con un rostro de ojos saltones y labios gruesos, el emisario le había narrado la historia con voz gutural, haciendo hincapié en dos puntos: la belleza de la princesa, y el tesoro oculto en las mazmorras del castillo.

—Yo, si fuera usted, no lo dudaría un instante —dijo el hombrecillo con voz profunda—. Vamos para allá, le da usted un beso a la princesa, y nos repartimos el oro entre los dos.

Giambattista sonrió y le palmeó la espalda, aprovechando para acariciar su chepa y agenciarse un par de años de buena suerte. Lamentó no haber comprado aquella mañana un boleto en el sorteo de las fiestas de la ciudad.

—Francamente, amigo mío, la aventura que me propones exalta mis sentidos —dijo Giambattista—. Y, ¿qué tipo de hombre sería yo si no accediera a acudir al rescate de una dama en apuros?

Así, convencido, Giambattista se dejó embarcar en una maltrecha embarcación tripulada por marineros de aspecto similar al de su acompañante y viajar rumbo al lugar donde descansaba la bella durmiente. No tardaron más de dos días en avistar la isla, y al llegar allí el noble napolitano, que se había mareado durante el viaje tantas veces que había perdido peso, desembarcó de un salto y besó la arena negra de la playa.

—¿No bajáis? —preguntó mientras avanzaba hacia el lugar donde debía descansar la princesa, una edificación derruida cubierta de musgo blanquecino.

—Oh, no, no, señor —le respondieron—. Debe ir usted sólo. Si no, no despertaría.

Y le vieron adentrarse en la isla mientras gritaban:

—¡No lo olvide! ¡Un beso!

Giambattista, sin perder su sonrisa, se aventuró en el interior del edificio. Un olor a cerrado, a mares remotos, le invadió. Resbaló en unas escaleras de piedra, gritó. Terminó arrodillado frente a una enorme puerta negra entreabierta, y vio surgir de ella colosales pseudópodos que precedían a una mole enorme, más grande de lo que la vista y la mente humana podía abarcar. Y, en ese preciso instante, fue cuando el terror se abalanzó sobre él de la forma más brutal posible.

—Dios mío —susurró, mientras notaba la orina caliente deslizarse por la pernera de su pantalón—. ¿Tengo que besarle?

La princesa abrió los ojos con lentitud, sufriendo el ataque furioso de la luz que entraba por el ventanal.

—Despertad, amada mía.

Hablaba un joven de rostro aristocrático, ojos color aguamarina y pelo pajizo. Vestía ropas ampulosas, tejidas con sedas exóticas y bordadas en oro. Un collar del mismo metal pendía de su cuello. El medallón tenía grabado un escudo de armas.

—Bienvenida de nuevo al mundo de los vivos.

La voz, dulce y reposada, tenía una dicción perfecta.

La princesa desplazó la mirada a su alcoba. Todo estaba allí, tal cual recordaba: los adornos exagerados, los muebles fastuosos, las telas recargadas. La habitación de una princesa heredera de un enorme imperio.

Todo estaba allí, sí, en igual posición, pero una gruesa pátina de polvo cubría muebles, suelo, cortinas, dando al cuarto una apariencia deslucida y vieja.

—Querida, ¿querida? ¿Os encontráis bien, majestad?

Ella se volvió hacia el rostro solícito. Perfecto, sin marca alguna. Incluso parecía maquillado.

La princesa tendió de nuevo la cabeza sobre las sábanas acartonadas por el tiempo y cerró de nuevo los ojos.

—Señora, ¡mi señora! ¿Qué ocurre? ¿Estáis cansada?

La voz, incluso en aquel indudable momento de tensión, no perdía la compostura, sonando perfectamente modulada. La princesa quería que se callara, que la dejara volver al sueño, a sus fantasías. Quizá así, cerrando los ojos e invocando al dios de los sueños, volviera a su humilde cabaña en las montañas, donde la esperaba el pastor. Apretó los párpados, invocando el silencio y la oscuridad, conjurando su anterior vida, sencilla y tranquila. Cerró los ojos anhelando el paraíso que un beso le había arrebatado.

La luz del amanecer se filtraba a través de los tablones de madera que cerraban la ventana. Un gato negro, sorprendido por los rayos del sol, emitió un bufido de desesperación y saltó al suelo desde la mesa, escabulléndose entre dos columnas de libros apilados contra la pared.

Una puerta lateral se abrió con un quejido, y el Mago entró en el cuarto. Somnoliento, sosteniendo en una mano una taza de té de hierbas y en la otra una cucharilla, se sentó frente a la mesa y tomó un sorbo de la taza. Después comenzó a ordenar los frascos y las botellas que se apilaban de forma caótica sobre la mesa, siguiendo un código indescifrable para un lego en la materia.

El gato apareció tras él y se restregó contra una pata de la silla, reclamando su atención con suaves maullidos y ronroneos. El Mago acarició la cabeza del animal y continuó enfrascado en su trabajo. Bostezó un par de veces mientras ordenaba, anotaba, etiquetaba, vertía y mezclaba. Aquella noche no había dormido bien, y todo ese trabajo resultaba demasiado rutinario.

Oyó unos golpes en la puerta instantes antes de que ésta se abriera. Un joven paje, pelo rubio y ojos oscuros en un rostro infantil, asomó su cabeza.

—Maestro, la Princesa requiere su presencia.

El Mago, molesto por la interrupción, dudó un instante antes de asentir. Tomó su bastón, seleccionó uno de sus sombreros más llamativos y se dirigió hacia la puerta.

—Llévame con ella —dijo.

La sala de espera, de paredes blancas, de techo blanco, permanecía en silencio, a pesar de estar repleta de personas. Las mesas invadían la sala, estructuras de acero y madera con dos bancos a cada lado fijadas al suelo mediante gruesos tornillos. Sobre cada una de ellas descansaba una botella de agua y un vaso. Ambos eran de plástico blanco.

Elena miró alrededor y suspiró. Todas las personas presentes esperaban en silencio, cómplices de un pecado que no podían ocultar. Algunas manoseaban distraídamente sus bolsos, otros jugueteaban con sus anillos, otros tamborileaban con los dedos sobre las mesas que les habían asignado. Ella, sumida en sus propios miedos, bajó la mirada y se abrazó a sí misma con fuerza. Sentía frío, un frío que le helaba el corazón.

Una puerta se abrió, y un hombre fornido de pelo cano enfundado en un traje blanco entró en la sala precediendo a los pacientes. Elena recordaba la primera vez que llegó allí, a aquel edificio enorme, aquella mole gris de ventanas enrejadas. Locos, los llamaba ella. Pacientes, los llamaban ellos. Pacientes, porque esperan eternamente.

Dos celadores acompañaron a los reclusos a las mesas adjudicadas, donde les esperaban sus familiares, sus amigos, sus psiquiatras. Las conversaciones se transformaron en un rumor monocorde, una letanía embriagadora. Elena desvió la vista de aquella muchedumbre, azorada. Entonces un hombre se sentó frente a ella, y supo sin mirarle que se trataba de su padre.

—Me habéis hecho llamar, Princesa —susurró él.

Elena sintió lágrimas aflorando en sus ojos. Las manos le temblaban, y se sentía incapaz de pronunciar ninguna palabra. Prorrumpió en una serie de sollozos incontrolados mientras su padre hablaba, con aquella voz suave que de niña llenaba sus noches de cuentos fantásticos e historias de hadas.

—No os aflijáis, pequeña. No lloréis. Sabed que todo tiene solución en esta vida, y su compensación en la siguiente. Sabed que...

Los quince minutos de visita transcurrieron lentamente. Elena lloraba, su padre hablaba. Ella apenas escuchaba aquellas fantasías medievales, en las que su padre la trataba con la deferencia de una princesa. Sólo oía su voz, su suave voz, un bálsamo para su corazón rasgado por la soledad tras tomar la decisión de recluir a su padre en aquel manicomio. En aquella institución mental, decían ellos.

Uno de los celadores llamó la atención de su padre colocando una mano sobre su hombro. Se levantó con un quejido y le miró por última vez.

—Ha sido un placer volver a veros, princesa —dijo—. Espero con ansia el momento en el que requiráis de nuevo mi presencia.

Elena abandonó la sala instantes después de que su padre lo hubiera hecho. No dejó de llorar en ningún momento.

El Mago permitió que el joven paje le acompañara hasta sus aposentos. Caminaron en silencio por corredores oscuros, apenas iluminados por la luz macilenta de las antorchas. Las paredes de piedra exhibían aquí y allá viejos y deshilachados tapices con diversos motivos, desde animales fabulosos a remotos parajes, pasando por escudos de armas y retratos ecuestres.

Al llegar a su cuarto se despidió del paje y se acercó a una pequeña aspillera que hacía las veces de ventana. Vio a la princesa en los jardines, hablando con uno de los hombres que limpiaba las caballerizas. La siguió con la mirada mientras abandonaba el recinto amurallado montada en su corcel blanco.

Sintió un extraño vacío en el corazón, y la certeza de que no volvería a verla hizo que derramara algunas lágrimas. Después, se sentó ante la mesa de trabajo y suspiró. Tendría que trabajar toda la noche si quería terminar a tiempo.

—¿Y dice usted que nada era antes igual?

—Le juro que no.

El inspector miró sorprendido al extraño individuo que interrogaba. Vestía ropa de aspecto monótono y vulgar, de tonos apagados y sosos. Sin duda alguna el tipo carecía de gusto alguno a la hora de vestir. Pero –suspiró– eso no le incumbía. Anotó con su piruleta el informe en la servilleta del bar y luego la tiró al suelo. Algún insecto secretario ya se encargaría de llevarlo hasta la central. Realizó el gesto de consunción en el aire para atar al destino con el papel y lo olvidó.

—Y dice que ese edificio —prosiguió con el interrogatorio señalando a una descomunal mole de granito de aspecto cúbico. Cada uno de sus lados tendría casi un kilómetro de largo, y sus caras grises estaban salpicadas de miles de ventanas enrejadas— del que le hemos sacado hace unas horas era un *manicomio* —el agente no podía comprender la palabra: demasiado coherente, demasiado cuerda—. A ver si lo he entendido bien: habla de un lugar ¡donde se encerraba a los locos!

Con un gesto sin gracia, maquinal, el hombre ordenado asintió. El agente, tratando de sobreponerse al sentimiento de aversión que le empezaba a dominar, profirió una aullido lobuno y pateó el suelo, al tiempo que su boca rezumaba baba.

—Esto no tiene sentido —decía con voz ausente el hombre—. Construimos el mayor manicomio del mundo, alojamos en él a más de medio millón de dementes y, a la mañana siguiente, todo el mundo ha cambiado... ¿Qué ha pasado?

El inspector dejó de levitar y descendió al suelo. Al contacto con sus pies las baldosas (blancas y negras, con aspecto de ajedrez) empezaron a burbujear. De una de ellas surgió un diminuto esbirro del lodo. La criatura trató de subir por su pierna, hambrienta, pero el agente lo disolvió con una maldición.

—Dice usted que juntaron a muchos *chavetas* y luego, cuando amaneció, se encontró sin saber cómo *aquí* —el policía agarró con las manos la realidad y la hizo girar ante los desorbitados ojos del hombre—. ¡Pero si jamás ha sido así, hombre! ¿Qué tiene de raro?

El reloj de montaña cacareó y empezó a derretirse en el horizonte, deslizándose hasta las maderas del suelo del desierto.

El individuo coherente no sabía qué pensar. Todo cuanto le rodeaba parecía sacado de una fantasía de Dalí. Pero de una Dalí más enfermo que nunca, sumergido en su locura, regodeándose en ella.

Una idea le empezó a rondar la cabeza: de alguna manera, imposible y extraña, el enorme conjunto de locos juntos (esa descomunal aglomeración de mentes disturbadas) habían deformado el espacio–tiempo, convirtiendo la realidad en eso. ¿Habrían creado una bomba mental, y el conjunto de locos actuó como masa crítica?

Le parecía imposible, pero sólo se le ocurría eso como explicación. Aún con todo ¿porqué él había *sobrevivido* y el resto de los demás habían desaparecido?

Contempló una vez más al extraño agente de policía. Ropa de colorido imposible, ademanes de loco, uno más entre todos lo que a su alrededor caminaban, volaban, nadaban por la tierra o, sencillamente, se evaporaban. Todos locos, todos en actitudes y posturas incongruentes, pero cuerdos en un mundo demente.

Todos menos él. ¿Porqué?

—¿Está usted seguro, insiste en que el mundo antes no era así?

El policía sí que tenía algo en común con los locos de su mundo anterior: la sordera y la insistencia.

—Sí, por favor. Se lo juro por mis muertos.

—Mejor no hables en vano, Jorgito.

La voz surgió a sus espaldas. Había algo en ella terriblemente familiar. No podía ser cierto. Imposible. Con temor se giró: a sus espaldas había una hilera de cadáveres redivivos, criaturas surgidas de la tumba y convocados por el juramento que acababa de realizar.

Al frente de ellos, su madre.

Jorge observó el cuerpo de carnes resecas, carcomido por los gusanos y el tiempo. La observó y, antes de justificarse temeroso ante ella, supo que se había convertido en un nuevo miembro de ese mundo de locos. Una serpiente alada surgió de su cabeza y voló libre hacia el ondulado horizonte. El reptil trinaba: tú eres del detonante, Jorge, tú eres el detonante, Jorge, tú eres el detonante, Jorge….

Jorge no sintió lástima alguna al ver partir su cordura. Al contrario, se lanzó a los brazos pútridos de su madre. En sus ojos brillaban lágrimas de alegría, que hidrataron la piel acartonada.

ÉXTASIS [SE35]

Hoy hemos procedido a la última prueba, esta vez con sujetos humanos. Debido a las reticencias que ha mostrado el centro a la hora de realizar los experimentos, hemos decidido someternos nosotros mismos a los efectos de lo que hemos denominado de forma grandilocuente Éxtasis Psicopático .

Como en ocasiones precedentes, hemos introducido hipodérmicas en el cráneo del esquizofrénico seleccionado y hemos extraído parte del líquido que reposa en las circunvalaciones de su cerebro. Después, con sumo cuidado, lo hemos mezclado con suero y nos lo hemos bebido de un trago.

Las alucinaciones han sido vívidas, sorprendentes, tan reales que no tenemos ninguna duda de que el producto será todo un éxito comercial.

Lástima que dos de nuestros colegas se hayan arrancado los ojos a la mitad del proceso, lanzándose posteriormente como animales el uno sobre el otro.

Eso nos obligará a incluir el temido párrafo de las contraindicaciones y los efectos secundarios.

Introdujimos la solución en el acelerador y nos dispusimos a contemplar el proceso. El enorme panel de diales, indicadores y luces ocultaba la piscina, de unos tres metros cúbicos de capacidad.

Ante el aparato se había colocado dos filas de sillas. El presidente de la república estaba sentado a mi izquierda (rostro moreno y dura mirada, con un aspecto de capo mafioso que algunos decían iba más allá de la mera coincidencia), mientras que a mi diestra aguardaba inquieto el nuncio papal (se había invitado al propio Papa, pero el Vaticano había argumentado razones de seguridad para declinar la presencia del sumo pontífice en el laboratorio). Transpiraba como un cerdo en su san Martín, preso de los nervios y la tensión. El resto de las sillas las ocupaban distintas autoridades, tanto eclesiásticas como laicas, italianas y extranjeras. Todas habían acudido solícitas a presenciar el acontecimiento: la clonación de Jesucristo.

Más allá de la mampara de metal que encerraba la matriz se estaba representando el acto principal de esta obra de teatro. Los fluidos proteicos reaccionaban entre sí, acelerados por los complejos enzimáticos (un proceso que yo había supervisado, con sujetos menos insignes, miles de veces).

Mientras todo esto ocurría me dediqué a repasar los pasos que nos habían llevado a este momento histórico. El descubrimiento fortuito en los fondos vaticanos de un paño blanco de lino, tejido según un estilo típico de la palestina romana del siglo I a. C. Sus manchas de sangre que permitían adivinar un rostro torturado. La datación del tejido mediante carbono 14 confirmó las sospechas: pertenecía a la primera mitad del siglo I d. C. La milagrosa obtención de largas secuencias de A.D.N.

Se desencadenó la euforia, la locura, el fanatismo. Se anunció a bombo y platillo que Cristo ya estaba secuenciado. La posibilidad estaba ahí, sin duda: la ciencia podía clonar a un hombre cualquiera a partir de un número mínimo de genes identificativos. Los huecos se extrapolaban de bancos de datos raciales, genéricos. Y en este caso poseíamos más secuencias de las mínimas necesarias. Incluso más de las normales. El que el individuo objeto de la clonación se tratara de un ajusticiado en la Palestina del siglo I d. C., sometido a brutales torturas (a tenor de lo que se mostraba en la tela, entre las heridas más llamativas destacaban las provocadas por una especie de casco, un yelmo que debía haber estado erizado de espinas), consistía en una trivialidad ante la seguridad del proceso.

Estudié los diales, los indicadores, los dígitos resplandecientes: marcaban que la generación del cuerpo progresaba sin ningún incidente. El nerviosismo afloraba en los rostros de todos, ateos o creyentes. A mi derecha el presidente se revolvía, ahora tan sudoroso como el nuncio papal, e incluso más pálido que éste.

—¿Se encuentra bien, señor Rossi?

Él respondió con un movimiento de cabeza, sus ojos clavados en los aparatos:

—Sí, no se preocupe, Juan —la falsa familiaridad me inquietó, pero supe ocultarlo—. Sólo son los nervios de ver al Salvador redivivo.

A mi izquierda el enviado del Vaticano ni siquiera parpadeaba.

En un momento dado los diales alcanzaron la posición final. El proceso había concluido, con éxito. Di orden de proceder a apagar la maquinaria. Los fluidos de la matriz artificial salieron poco a poco a través de una serie de tubos transparentes, colocados así más por para lograr un efecto sorpresivo sobre el observador que por utilidad. A través del audífono me comunicaron que ya se habían quitado los cierres de seguridad.

Hice una señal a la pequeña guardia de soldados. Armados con subfusiles y situados en nuestros flancos, se preparaban para una eventual intervención. Aquella medida había sido protestada por el pontificado, pero la presidencia me apoyó, consciente de que podíamos estar jugando con muchos imponderables: no sabíamos con certeza las consecuencias de resucitar al supuesto hijo de Dios. A mis espaldas sonaron los chasquidos de las armas, listas para disparar, llenando el búnker con su tableteo metálico.

Ordené que se abriera el contenedor. Los pistones hidráulicos aliviaron su presión sobre la matriz y poco a poco ésta empezó a abrirse. A través de la creciente rendija se escaparon los últimos restos de líquido amniótico, rico en proteínas constructoras. Un hedor punzante invadió la sala. El seno de la matriz aparecía ante nuestros ojos, sumido en las neblinas químicas del proceso.

No lo había hecho por completo cuando resonó una voz, rotunda y solemne:

—¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?

No procedía de dentro de la máquina, tampoco de los altavoces que había en las esquinas. De hecho, parecía surgir de dentro de mi cabeza. La voz me hizo llorar, provocándome una sensación de desamparo y de pequeñez indescriptibles. Otra voz, también sosegada pero llena de cariño y condescendencia, dijo:

—No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.

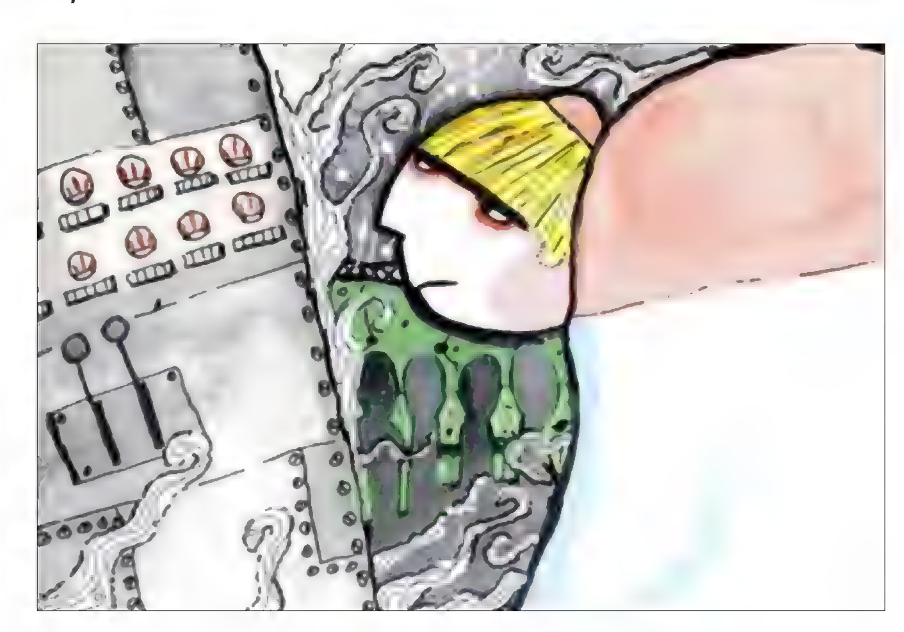
Sentí en mi interior que algo no iba nada bien. La inquietud se convirtió en terror al contemplar el monstruo que surgió de dentro de la máquina, una deforme criatura portando en sus garras un enorme volumen encuadernado en cuero. Resplandecía casi cegador, pero sobre su cierre pude distinguir siete sellos.

Recordé el Apocalipsis de San Juan, la segunda llegada del Cordero. Y con ella el fin del mundo.

A mi orden desesperada el sonido de las armas retumbó en el sótano, pero los disparos no afectaron al Cordero inmolado, aquel engendro que tenía siete cuernos y siete ojos, los cuales eran los siete espíritus de Dios enviados por toda la Tierra. La criatura,

insensible a las balas, abrió el primer sello y se desató la Calamidad en el mundo.

Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer.
Apocalipsis 6, 1–2.



CLONACIÓN **[SE36]**

Cuando los medios de comunicación informaron con su acostumbrada sobriedad que la comunidad científica había logrado clonar con éxito a un hombre, la alegría se desató por todo el mundo.

Con aquel ansiado descubrimiento nuestras industrias cárnicas podrían paliar en gran medida la epidemia de hambruna que asolaba nuestro planeta Marte.

–Diciembre de 2004: ante el injusto sistema de veto usado por algunas superpotencias en el consejo de la O.N.U. desde inicios de la institución, se opta por crear el llamado voto preferencial, que da voz a los países subdesarrollados. Este voto, en caso de un 95% de acuerdo entre ellos, les permite convertir en preferente una decisión, anulando los posible vetos.

–Marzo de 2006: pese a las protestas de EE.UU. y del bloque de la Comunidad Europea, encabezadas por el presidente estadounidense John Kerry, se declara, gracias al voto preferencial, el hambre como enfermedad endémica de África y Asia. Tal medida convierte a los países de esas zonas en miembros con poder de decisión en cuestiones alimentarias.

–Junio de 2006: el sistema de voto preferencial obliga a Europa y a Norteamérica a exportar un 20% de sus cereales y hortalizas a las zonas de hambre. No obtienen ninguna retribución por ello, ni siquiera el montante de las exportaciones se añade a la deuda que los países beneficiados tienen con los del primer mundo.

–Abril de 2007: el problema del hambre no parece tener solución. La denominación como mal endémico pesa cual maldición gitana. Ante la superpoblación de África y Asia ninguna de las medidas tomadas por la O.N.U. se revela eficaz. Europa y Norteamérica, subyugados a los nuevos decretos de la O.N.U. que les obligan a potenciar su sector primario en perjuicio del terciario (pujante en medio oriente), son decretados los nuevos graneros del mundo.

–Mayo de 2008: la orientalización del anteriormente llamado Primer Mundo se hace cada vez más patente: el cristianismo retrocede ante el Islam en una guerra santa silenciosa e incruenta. El sudeste asiático hace un llamamiento desesperado: no hay suficiente grano para los varios miles de millones de habitantes de la región.

–24 de Junio de 2008: fallece en Roma Juan Pablo II, tras un mes de agonía.

–1 de Julio de 2008: una fumata blanca anuncia la elección de Desmond Tutu, primer Papa negro de la historia. Declina cambiar de nombre, iniciando su pontificado como Desmond I. El objetivo principal de mi ministerio, declara en su discurso de presentación, será intentar que la Fe en Cristo regrese a los corazones de los hombres. Y para eso deben tener los estómagos llenos, apostilla.

–11 de Septiembre de 2008: en un comunicado a las cadenas de televisión, el dirigente de la organización terrorista Al Quaeda, Osama Ben Laden, declara la paz a Occidente tras siete años de guerra. No merece la pena morder la mano que te alimenta, dice sonriente. Menos aún, puntualiza el líder con tono irónico, cuando de esa mano sólo queda un muñón.

–Octubre de 2008: la China neo–socialista se une a la República Popular de Indonesia. El nuevo gigante mundial, que agrupa a la casi

mitad de la población del planeta, exige un incremento en los alimentos que se le suministren. Al mismo tiempo se aprueban programas de esterilización selectiva; la pena de muerte se añade a la lista de medidas de control de población.

–21 de Noviembre de 2008: nace el humano diez mil millones. El Granero Europeo anuncia el proyecto de drenaje del mar Mediterráneo para convertirlo en zona de cultivo. El proyecto ya se demostró viable con el ejemplo del mar Caspio.

–8 de Diciembre de 2008: en una sesión urgente, y ante las furibundas protestas de Los Graneros del Norte, se decide por mayoría restringir las libertades de los ciudadanos de dichos países. La Carta de Derechos Humanos se restringe a los súbditos de los Países Preferenciales. La O.N.U. deja de existir como tal, convirtiéndose en P.P.U. (Países Preferenciales Unidos). La primera medida de la P.P.U. consiste en decretar jornadas mínimas de doce horas de trabajo en los campos de Los Graneros. La segunda medida, expulsar de su seno a Los Graneros, dejándolos sin voz ni voto en la política mundial.

–24 de Diciembre de 2008: la esclavitud se legaliza en Los Graneros. Todo ciudadano de los mismos, asignado a labores de granja, pasa a ingresar en el registro de esclavos.

–1 de Enero de 2010: la Maldición del Hambre persiste. Ante la situación y los acontecimientos en diversos puntos del globo, la P.P.U. toma en sesión plenaria extraordinaria una medida drástica: el canibalismo queda catalogado como acto punible con la muerte. Al mismo tiempo se retira el atributo de *ser humano* a los esclavos de Los Graneros.

–2 de Enero de 2010: al grito de *Hagan sitio, hagan sitio*, empieza la primera migración de ciudadanos de los P.P. hacia Los Graneros. Hordas hambrientas invaden Europa, a la búsqueda de proteínas. Se inicia La Caza. La presa: los esclavos.

BORREGOS [SE37]

Borregos, eso es lo que son todos ellos.

Se levantan al amanecer, acuden a sus trabajos rutinarios, permiten que sus superiores les humillen con su actitud servil, cobarde y mezquina.

Borregos.

Yo les observo desde mi puesto de trabajo: sus sonrisas vacías, sus rostros ojerosos, sus ademanes nerviosos. Repiten una y otra vez los mismos gestos, las mismas actitudes.

No merecen vivir.

Como cada mes, me he fijado en uno de ellos. Calvo, entrado en kilos, apenas puede realizar su trabajo. Le observo cuando bajo a la quinta planta, oculto tras la fotocopiadora, sin esperanzas, sin aspiraciones. Ni siquiera sé su nombre, ¿importa acaso?

Esperará a que la luna brille en todo su esplendor, y entonces me lanzaré sobre él, el lobo cazando al borrego.

Después, tras devorar su carne y mutilarle, me lavaré y me confesaré en la Iglesia.

En este mundo, cada uno tiene su papel.

Ellos son los borregos, yo soy el lobo, y el Señor es mi Pastor.

CORAZÓN DE FOTOCOPIADORA [FR37]

Fotocopiar es mi principal tarea. La gente de la oficina me da los textos, los libros, las hojas, y yo los copio.

Sencillo, maquinal. Como yo.

Pero un día la fotocopiadora se rompió. Allí estaba ella, en su esquina, abandonada. Como yo: en mi solitaria mesa, sin nadie que me hablara.

Al cabo de los días escuché un rumor: por fin llegaría un técnico a repararla.

Lo que sucedió entonces ya me lo imaginaba. No lloré siquiera. Los dos hombres me agarraron y me embalaron, precintándome para dejarme listo para el reciclaje.

Tampoco podía quejarme ni suplicar: me habían taparon boca y ojos con cinta aislante. La misma cinta que mucho antes de yacer en el almacén ya me había asfixiado.

Ayer hice una fotocopia de mi mano. Se veía oscura, borrosa, la línea de la vida quebrada desembocando en un mar de tinta negra. Me sentí incómodo al observar los contornos de la palma, los pliegues inesperados de la piel. Bajo la luz inquisitiva de la máquina cientos de detalles inusuales crecían entre mis dedos como malas hierbas. Tuve la certeza de que aquella plasmación bidimensional de mi cuerpo no me pertenecía, me era ajena.

—Ahora me toca a mí —me susurró Yolanda al oído, apartándome a un lado y colocando su mano en el interior de la fotocopiadora.

Se marchó sonriendo al cuarto de baño, y me dejó allí la filmación de su carne en negro sobre blanco. Admiré la simetría de la mano, los ángulos interiores de los dedos, las líneas sobre la piel. No tenía ninguna duda: aquella mano me pertenecía.

Cogí el cuchillo que había empleado para pelar la manzana que acostumbraba a tomar como desayuno. Romo, desgastado. Tardaría algún tiempo, pero lo conseguiría. Sonreí, así con fuerza el pomo de la puerta y, procurando no hacer ruido, entré en el cuarto de baño tras ella.

En una de esas tardes tontas, en las que no hay trabajo pero que estás obligado a permaneces siete horas encerrado dentro de la oficina, empezamos a hacernos fotocopias. Empezó A. con lo típico: introdujo bajo la tapa de la máquina su mano izquierda, al tiempo que con la derecha pulsaba el botón de una copia. Una vez acabó le tocó el turno M. con la suya, mucho más delgada y estilizada.

Como niños, ilusionados y risueños, observamos los resultados: las hojas mostraban un mar de tinta negra que acosaba la pálida forma de la carne, arremetiendo con olas de oscuridad los delgados cabos de los dedos.

Llegó mi turno: inserté la siniestra y tras apretar el botón dejé que el cálido haz de luz la bañara. La hoja impresa cayó en la bandeja. B. me sucedió, colocando también su delicada mano izquierda sobre el cristal ya caliente. Pulsó el botón de fotocopiado y el riel de luz empezó a avanzar. De repente B. profirió un grito. Sus piernas temblaron, de repente sin fuerza. Con la mano libre se apoyó en el panel de la fotocopiadora. Mientras extraía con dolor la mano de debajo de la tapa, pulsó sin querer el botón de copia.

Todos contemplamos horrorizados la herida: le faltaba media mano, tres dedos arrancados y el resto colgando de los tendones.

La nueva hoja cayó a la bandeja de fotocopias.

No sé porqué, me acerqué y la observé. La fotocopia, realizada una vez B. ya extrajo los restos de la mano, mostraba el vacío negro y uniforme típico de una fotocopia de nada. Acerqué un poco más la mirada al papel, inquieto. Entonces lo vi, una especie de estela, oscura y difusa, pero inconfundible: similar a la que deja un pez en el agua. De forma triangular, el vértice principal buscaba una de las esquinas de la imagen, como si deseara salir de cuadro.

B. se había desmayado. A. llamaba en ese momento a una ambulancia, al tiempo que M. hurgaba presa del pánico en el botiquín. Yo no podía dejar de estudiar las fotocopias. Sabía que en ellas encontraría algo, una explicación a lo ocurrido.

Pasé a la fotocopia anterior, la que debería coincidir con la mano de B. En efecto, allí estaba. Pero junto a ella había algo más, una extraña aberración del cristal que deformaba la imagen de los dedos; una distorsión dotada de un extraño patrón de formas afiladas. Algo en la copia me hacía pensar que 'eso', fuera lo que fuese, surgía de la oscuridad, lanzándose con avidez a la carne.

La tercera hoja, la que me había hecho yo mismo antes de B. mostraba mi mano. La estudié con igual detenimiento, temeroso de encontrar algo similar a lo de la primera fotocopia. Y lo hallé, sí: la estela avanzaba directa hacia mis dedos.

Recordé que había comparado la oscuridad del negro con un mar. Al parecer ese mar no estaba deshabitado, sino que sus aguas de claroscuro ocultaban temibles predadores.

Cuando los sanitarios entraron en el cuarto ninguno supimos qué decir. Yo agarraba las tres hojas casi con desesperación, al tiempo que juraba que no volvería a acercarme a una fotocopiadora por el resto de mi vida.



—Me marcho de vacaciones, volveré a mediados de Agosto —dije.

Noté en su mirada algo extraño, como si no le agradaran mis palabras.

—Vamos, no te lo tomes así —continué—. Dentro tienes comida y agua suficiente hasta que vuelva.

El cocodrilo dejó escapar una lágrima, pero terminó por aceptarlo.

—Ya verás —dije—. Los días se van a pasar en un suspiro.

El cocodrilo abrió la boca, la cerró.

Oí un ruido a mi espalda, un llanto contenido. Media docena de niños, sujetos a las paredes con grilletes oxidados, me miraron con el miedo grabado a fuego en sus pupilas.

—Oh, vamos —dije—. Seguro que echaréis de menos mis cuentos por la noche, pero no le deis tanta importancia. Estoy convencido de que Juancho —y señalé al cocodrilo, que se sumergió en la charca y avanzó hacia ellos— os tendrá entretenidos durante estos días.

DESPEDIDA **[FR39]**

Originalmente publicado en el ezine Efimero #3

Tómalo como unas largas vacaciones, dijo el alma al cuerpo tras el silencio del corazón.

—Por el amor de Dios, ¿qué te sucedió durante tus vacaciones en Rumanía? —me preguntó, con voz temblorosa, mi jefa de proyecto, pero yo ya no podía oírla, envuelto en la niebla de sangre que desde entonces me asalta cuando la luz de la luna llena recorre las calles de la ciudad.

—¿Y esto es todo?

—No —le respondió aquella desconocida voz. Le había acompañado desde que tenía memoria, acompañándole en la oscuridad—. Has estado en el cielo: ahora te toca conocer el infierno.

Y el feto sufrió por primera la herida de la luz.

Envuelto en la oscuridad de la muerte, alzado al interior de la tormenta por el viento de la Resurrección, pude ver cómo los hombres santos eran arrojados sin atisbo de piedad a las llamas del Infierno, y los asesinos, los ladrones, los políticos, los gerentes de pequeñas y medianas empresas eran alzados hacia los cielos.

—¡Señor! —grité, una insignificante mota de polvo cósmico ante su presencia—. ¿No nos dijiste que la bondad nos abriría las Puertas del Cielo?

Entonces Su Único Ojo se volvió hacia mí, osado mortal, y se transformó en una boca de dimensiones inimaginables, que se abrió para mostrarme Sus Dientes Inmaculados en una sonrisa sardónica.

Y mientras mi sotana, mi pelo, mi piel, era pasto de las llamas, oí Su Voz Prodigiosa retumbando en mi alma:

—Mentí.

SORPRESA AL HIJO [FR41]

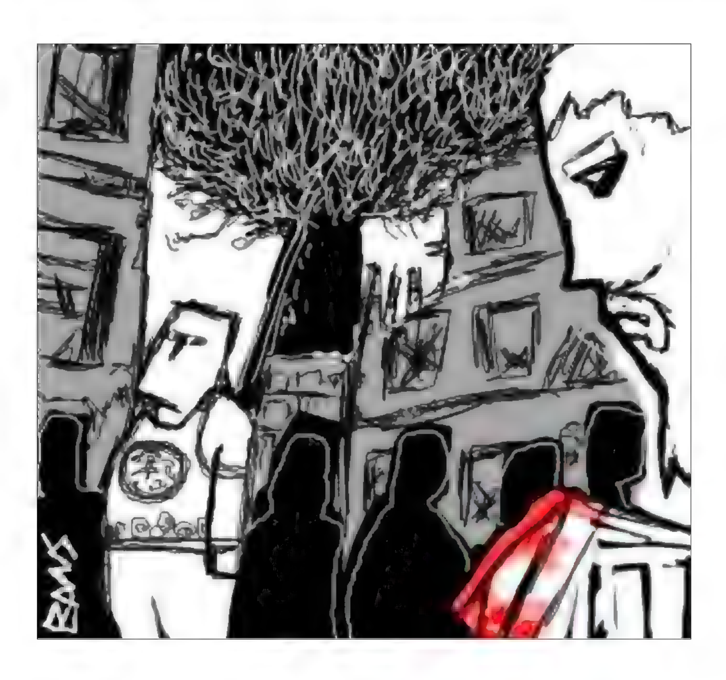
Al regresar lo olí, intenso y punzante, entre dulce y agrio. Las jambas de la puerta yacían en el suelo, arrancadas de sus goznes. A través del umbral mancillado se vertía un resplandor de llamas danzarinas. Lejos, en la cima de la montaña donde se debería alzar la nueva ciudad, un colosal y horrible árbol negro hundía sus raíces en la tierra, tornándola cenizas estériles.

—No pudimos resistir, Señor —la figura yaciente, un escuálido anciano, volvía a vestir el color del martirio. Le faltaba la mano derecha, aquella con la que antes sostuviera las llaves—. Lo intentamos, pero su ausencia hizo el Trino menos poderoso. Y ellos… ellos tenían un nuevo aliado. Portaba una horrible luz blanca, una luz de abismo que sumergía en la Desesperación a todo aquel que bañaba.

Yo callé sin saber qué decir. Contemplé consternado, cariacontecido, los rescoldos aún candentes de mi hogar.

—No tuvimos ninguna opción —gimoteó el portero—. El aliado y su luz no nos dieron oportunidad.

A mis espaldas se alzó un murmullo que al poco se convirtió en un coro de llantos y quejidos. No me atreví a volver la cabeza y contemplar sus rostros desencajados por el terror: les había fallado, a todos ellos. Mi regreso triunfal se había convertido en pírrica victoria. ¿Cómo les podía explicar a los elegidos, a los justos, que su merecido Paraíso ya no existía? Sentí cómo en el pecho se me abría una herida que creía curada milenios atrás.



Cuando Francisco decidió dedicarse a la ímproba tarea de limpiar casas encantadas, descubrió un nuevo mundo de emociones fuertes y sensaciones a flor de piel que, acompañado de un buen sueldo, le permitieron abandonar su trabajo de programador informático y dedicarse en cuerpo y alma a la caza de poltergeist juguetones, fantasmas vengativos y demás apariciones ectoplásmicas.

El negocio funcionaba tan bien que, poco a poco, fue haciéndose un nombre en el mundillo, a la altura de un joven Van Helsing o un intrépido Tristanbaker. Decidió cambiar de nombre, y como su mujer no paraba de repetir una y otra vez que *había que ser muy hombre para enfrentarse a lo desconocido como hacía su Paco*, adoptó el nombre de guerra de Paco-Man.

¿Y cómo trataba Francisco a los fantasmas?, se preguntarán ustedes. Muy sencillo. Llegaba al lugar en cuestión armado únicamente con una mazorca de maíz y un enorme caramelo de miel y limón, recubierto de una sustancia fosforescente que brillaba de forma cegadora en la oscuridad. Recorría los pasillos de la casa desgranando su mazorca sobre el suelo, animando a que los fantasmas se acercaran a él. Después, cuando éstos aparecían -con sus colores brillantes, sus fauces abiertas, sus ojos desorbitados- corría hasta una de las esquinas de la casa y, sin darles tiempo a pensar, se tragaba el caramelo.

¡Ah, qué terror invadía entonces a aquellos espíritus castigados! Azules de miedo, corrían de un lado a otro intentando escapar de Paco-Man, el cazador de fantasmas, que con cada nueva captura engrandecía más si cabe su fama.

CAMBIO DE NOMBRES **[FR42]**

Fran se convirtió en Paco–Man e inició su carrera como devorador de espectros. Luis se quemó en el trabajo y se convirtió en Zippo-Man, el bonzo eterno. Andrés, muerto de hambre, optó por llamarse Chopped-Man y se comió a sí mismo (de él sólo quedó una pequeña cuerdecita).

Yo, asqueado de una vida mediocre, nada más quería desaparecer. Sólo logre borrarme. El tiro me salió por la culata y, sin desearlo, me vi convertido en Folio-Man, aquel donde todos escriben.

Luego llegó un degenerado, convirtió la *i* en *l* y así estoy ahora, como astro del porno, feliz.

DOS NOMBRES **[SE43]**

Ella me dijo que tenía dos nombres: aquel por el que la había conocido, y otro que sólo mostraba a los que llegaban hasta su corazón.

Nosotros le respondimos que también poseíamos dos nombres, y rió como una tonta mientras se desnudaba.

Nosotros nos desabrochamos la camisa, y ella gritó cuando descubrió nuestro segundo rostro en el pecho. Saltamos sobre ella, y mientras le tapábamos la boca con nuestras manos, nuestra segunda boca mordía y rasgaba y devoraba su cuerpo blanco.

Nunca supimos su segundo nombre.

Sin embargo, llegamos hasta su corazón.



Tras diez horas de trabajo incesante la cabeza perforadora llegó por fin al corazón del cometa. Consulté el reloj: sólo restaban treinta minutos para la colisión. La Tierra dependía de que colocara la carga. Alcé la mirada y busqué el planeta azul, pero las brumas de los vapores en ebullición me lo impidieron.

La parte dura del trabajo había concluido. El silencio, ahora que no había vibración alguna a causa de la perforación, sólo lo rompían los silbidos de los géisers de afuera. Pulsé varios botones en el panel, iniciando la secuencia de descenso de la carga. Por primera vez en demasiado tiempo me sentí aliviado. Estaba solo. Noté esa soledad tan intensa que únicamente se puede sentir en éste tipo de lugares. Sitios donde la ausencia de todo se convierte en algo cercano al placer. A la libertad. Los recuerdos de mis compañeros caídos, de las penalidades sufridas hasta llegar aquí, todo se desdibujó en un abrir y cerrar de ojos: yo existía, y todo lo demás se reducía a un mal sueño.

Solo. Libre.

Sonreí.

Me acomodé ante la consola de mandos lo mejor que pude, encorsetado en la diminuta cabina. Las cifras bailaban con lentitud, indicando cómo la carga se aproximaba a su lecho final. Otro indicador, un reloj, rezaba el tiempo restante para la colisión con la Tierra. Sobre mi cabeza el planeta empezaba ya a dominar el cielo, cada vez más grande tras el telón de las brumas. Vi, entre azul y blanco, la silueta de Europa. Aparecía mucho mas vital que en cualquier plano o foto, flanqueada por el océano y parte de Asia y África. En algún lugar allí arriba –¿o quizá debía decir abajo?– estabas tú, pero no te vi. Ni a ti ni al dolor que me habías causado.

Sonreí con fiereza. Disfrutaba.

El reloj proclama que en veinte minutos la Tierra sufriría la peor colisión astronómica de su historia. Consulté el medidor de profundidad: la carga debía haber llegado hace tiempo pero yo, inmerso en mis ensoñaciones de soledad, no me había percatado. El botón de *armar* parpadeaba al lado, anhelante.

Y yo seguía allí, solo. Así estaría por el resto de mi corta vida: el sistema de regreso, de huida, de la cápsula había sufrido graves daños. Salvaría a la humanidad, pero no a mí. Alcé la mi y me maravillé ante la preciosa imagen de la Tierra. Los colores, oh dios, los colores. Silenciosos. Libres.

Como yo.

Saltó una primera alarma de proximidad. La apagué irritado por su intrusión. El botón que armaba las cargas aún me esperaba.

Pero no acerqué la mano. No me sentía con fuerzas. Mi tiempo se acercaba, de una manera u otra, y esa certeza hacía que la

sensación de libertad fuera todavía más intensa. Cerré los ojos me preparé a ser testigo de excepción de tu muerte.

Una muerte prisionera, pero que permitía un último acto de libertad. Sí, en efecto. Libre.

Asentí en silencio, consciente de lo que iba a hacer. El resto de la humanidad no significaba nada: me sentía satisfecho al saber que tú, mi niña, dejarías de existir.

Enredé en un monitor auxiliar, buscando una emisora de televisión. Sintonicé la CNN y vi el resplandeciente caballo espacial que cabalgaba. La voz de la locutora mostraba un nerviosismo cercano a la histeria.

Deseaba tener un paquete de palomitas a mano. Pena que no hubiera una cámara enfocando tu rostro.

Abrí los ojos. De nuevo me encontraba en aquel maravilloso lugar, rodeado de árboles frondosos que extendían sus ramas hacia el infinito, inundado por la fragancia de las más exquisitas flores, deleitado por la dulce música de los faunos, que danzaban a mi alrededor entonando tan bellas melodías que turbaban mi alma.

La hierba fresca recién cortada acariciaba mis pies desnudos. Una suave brisa jugueteaba con mi túnica blanca y agitaba mis largos cabellos. Los faunos saltaban y gritaban, henchidos de felicidad tras mi llegada. En sus miradas apasionadas descubrí amor, cariño, felicidad. Me querían.

Tomé un puñado de arena del camino. Sentí su agradable roce mientras se deslizaba entre mis dedos. Una carroza avanzaba lentamente hacia mí, tirada por dos hermosos caballos blancos de porte elegante. Mientras los observaba el sol alcanzó su cenit, regalando su luz y calor al maravilloso mundo que se extendía ante mí más allá de lo que la vista podía alcanzar.

Me invadió la tristeza. Aquella mañana, como un sigiloso ladrón, la muerte se había deslizado hasta mi cama. No pronunció una sola palabra. Su presencia era suficiente. Comprendí que apenas me quedaba tiempo. Y tenía que hacer tantas cosas... A pesar de todo, decidí volver por última vez al Paraíso; deseaba despedirme de todos los seres que me amaban, seres que me añorarían cuando yo me marchara para siempre.

Fue un error. Al verlos tan felices, tan dichosos, ajenos a mi sufrimiento, permití que la rabia me dominara. Descubrí que yo no era nada para ellos, apenas una imagen abstracta a la que adorar. El amor que les había dado ya no anidaba en sus corazones. La carroza llegó a mi altura y sus ocupantes realizaron una leve inclinación de cabeza a modo de saludo. Mi eterna sonrisa había huido de mi rostro. Ajenos al desastre que desataría sobre su mundo, mi mundo, continuaron su camino.

Pequeñas nubes nacieron en el horizonte. Había lágrimas en mis ojos cuando estalló la tormenta en el cielo.

La primera.

La última.

El cielo se tiñó de sangre; el sol se ocultó prematuramente, dando paso a la oscuridad eterna. Un viento infernal asoló las ciudades y los campos. Las flores se marchitaron. La hierba adquirió una lúgubre tonalidad marrón. Los árboles perdieron sus hojas y murieron agitando sus ramas desnudas. La tierra se volvió negra, quebradiza. Las nubes descargaron con furia la lluvia, una lluvia aterradora. Del cielo bajaba la Muerte.

Los faunos corrieron en todas direcciones, abandonada su música. Todos los seres del Edén buscaron refugio en sus hogares. Las familias reunidas rogaron por sus vidas. Algunos, lejos de sus casas, cayeron de rodillas al suelo y suplicaron a su Dios. Otros, los

más osados, blasfemaron y rechazaron su fe, convencidos de que la muerte les aguardaba a todos por igual. Los sacerdotes, en el templo, rogaron al Creador que no les abandonara.

—¡Oh, Dios! —imploraron—. ¡Ilumínanos con tu sabiduría y muéstranos el camino de la salvación!

Pero era precisamente su Dios el que les había abandonado.

Gigantescas olas se abalanzaron sobre la tierra, devorando todo lo que encontraban en su camino. Aquellos seres inocentes, cuyo único pecado era ser felices, murieron bajo la mano de su propio Creador. No quedó rastro de vida en el mundo. Entonces el Edén gimió, se convulsionó y estalló en miles de millones de pedazos.

Durante seis días eternos el universo entero se llenó de luz y calor; todo lo que anteriormente había existido desapareció y se hundió en el olvido. Los restos del Paraíso formaron planetas, estrellas, satélites, galaxias, constelaciones...

Y surgió la vida. Una vida nueva que, poco a poco, fue evolucionando; era una vida depravada, corrupta. La antítesis de la creación original.

Una vez todo hubo terminado, al séptimo día, el silencioso espacio fue invadido por un lamento.

El lamento de un moribundo.

El lamento de un Dios.

ANHELOS [FR44]

Escúchame, querido amigo. ¿Existe algo más impresionante que un árbol en gravedad cero? Tiende sus ramas a lo largo de cientos de kilómetros hacia el remoto sol, ávido de su luz.

Pues sí, lo hay: el patetismo que oculta su gesto. Anhela algo que jamás obtendrá; algo que, de alcanzarlo, significará su fin.

Y sin embargo persiste en su intento.

¿Comprendes ahora mi amor por ella?

THAO **[SE45]**

Querida Margarita:

Han talado nuestro árbol.

Todavía recuerdo nuestras incursiones en el bosque, cogidos de la mano, un ramillete de sonrisas que florecía bajo las frondosas copas de los árboles Thao.

Una vez me preguntaste si sería capaz de localizar nuestro árbol en el bosque.

Claro que podría haberlo hecho.

Recuerdo cuando grabamos con la navaja nuestros nombres, unidos por un corazón que rezumaba savia, cicatrices de amor imperecedero sobre la corteza del árbol.



Ya sabes que los científicos determinaron que los Thao eran seres pensantes, sentientes, con un estatus social similar al de los humanos. Tardaron años, sí, pero al final consiguieron demostrarlo.

Deberíamos haberlo supuesto, me dijiste cuando recordabas la mutilación a la que le sometimos con la navaja, marcando nuestro amor con un dolor incomprensible para nosotros.

Y me abandonaste, marchándote de nuestra ciudad, dejando atrás tus raíces.

Ahora, diez años después, el Thao ha muerto.

No, no te preocupes, no fueron las heridas que le inflingimos lo que le condujo a la muerte. Ha sido algo natural; con el tiempo, los Thao fallecen, como nosotros.

Creo que ya es hora de que sepas que, como telépata de clase dos que soy, supe desde el principio de la empatía de los Thao. Y quiero que sepas también que, cuando hundía mi navaja en la corteza del Thao, podía oír en mi cabeza sus gritos, sus lamentos, sus súplicas; su dolor.

Sin embargo, mi amor por ti era más fuerte.

Y me abandonaste, dejándome plantado en el altar; me sentí tan ridículo, tan torpe, tan vacío.

Por eso te envío esta carta, para que sepas que sé dónde vives, dónde te escondes.

Y quiero que sepas también que voy a ir a por ti. Quizá hoy, quizá mañana. No lo sabrás hasta que sea demasiado tarde. Entonces hundiré mi cuchillo de carnicero en tu piel, desgarraré tu carne, y grabaré en tu corazón un nombre: el del árbol Thao que, con nuestro amor, asesinamos.

Con cariño, José.

CICATRICES [FR45]

A lo largo de la vida uno se acostumbra a ver cicatrices en prácticamente todas partes. La más obvia, la más cercana y dolorosa, es la de la carne, la de la piel. Luego, si se fija uno un poco más, las descubre en la corteza de los árboles o en la tierra. Incluso en el cielo, en forma de frentes y tormentas, o en el espacio, herida mal cerrada entre mundos.

Todas cambian y mutan, evolucionando con el tiempo. Unas con lentitud, como en el caso de los árboles; otras con velocidad pasmosa, como en la atmósfera. Pero siempre están ahí. Uno debe acostumbrase a su presencia, a vivir con ellas.

Las marcas que dejan las heridas de la vida nunca desaparecen.

Las peores son las provocadas por el dolor de los recuerdos: se atenúan, pierden color, pero jamás se van. Las cicatrices de la mente.

¿Pero de verdad permanecen por siempre?

Mentira (las mentiras, costurones en la carne de la realidad).

El dolor de los recuerdos se puede eliminar a través de otra cicatriz.

La observo, larga y pálida en mi frente. Algunos lo han llamado automutilación, pero para mí significa libertad. No me importa saber que he perdido mucho más que la causa del tormento: no se puede echar de menos lo que ya no se conoce.

Me suplicaron que no lo hiciera, que podría superar el sufrimiento, que éste pasaría y se desvanecería. Pero no podía, no deseaba arriesgarme. Pagué al neurocirujano y él realizó la lobotomía, la operación que liberó a los dos gemelos opuestos, hasta entonces encerrados en una única cabeza pero silenciados por el yo. Sin preverlo, tratando de eliminar las cicatrices el dolor, la operación conjuró el tormento de la guerra. Ella creará más heridas.

Y más cicatrices.

MENTIRAS [SE46]

Ha cerrado la puerta con llave, encerrándome en el interior de este cuarto.

Todavía me duelen los moratones que me ha provocado en los brazos, en las piernas.

Su comportamiento violento va *in crescendo* desde el día de nuestra boda; entonces descubrí que todo lo anterior no era más que un puñado de mentiras.

Soy incapaz de defenderme, incapaz de soportarlo.

He decidido que, a la menor oportunidad, me suicidaré.

Espero que entienda entonces lo que me ha hecho y se arrepienta.

Aunque no lo creo.

Ella no es de ese tipo de mujeres.

MORETONES [FR46]

Le pegaba todos los días. Con la mano abierta, con el puño cerrado. Patadas y puntapiés también. Todo valía con tal de causar daño. Así desde el día en que se encontraron.

Llegó con una aura de luz a su alrededor, como si se tratara de un ángel del señor. Un ángel que golpeaba con fuerza de martillo. Su cuerpo magullado daba fe de ello, convertido en todo un ejemplo de martirio. Calvario silencioso ya que no se atrevía a replicar, a quejarse, a rebelarse. Cada vez que miraba sus moretones, cada vez que acariciaba su carne dolorida, pensaba en vengarse. Vengarse por el maltrato del ángel, de la criatura divina.

Pero siempre, al aflorar esos sentimientos, acaecía el milagro: las formas moradas, amarillas y negras bailaban en su piel y dibujaban aquellas tres lapidarias palabras. Palabras que la sonrisa beatífica del ángel confirmaba como orden superior: *Calla y sufre*.

—Oye, me marcho un momento —dijo el hombre, dirigiéndose a la mujer—. Échale un ojo al niño.

La mujer movió la cabeza, intentó gritar, pero la mordaza que cubría su boca no se lo permitió.

El niño se acercó hasta ella con la cuchara en la mano, mientras el hombre sonreía.

—Está bien, está bien, olvídalo —dijo el hombre, mientras la mujer se debatía bajo las cuerdas que la sujetaban a la mesa—. Ya se sirve él solito.

—1984.

—¿Qué?

—El libro de Orwell, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Pero calla y sonríe, no nos vaya a descubrir.

Nos separamos. Cada uno continuó su camino, esforzándose en brillar lleno de alegría, de contento, de felicidad.

Lo logré. Un destello a mi espalda, acompañado del crujido ya característico. Yo lo conseguí, sí; Julio no podía decir lo mismo.

Afilé la sonrisa sin atreverme a alzar la mirada. Allí arriba el ojo colosal permanecía tranquilo, velando por la felicidad. El ojo que todo lo ve, aposentado en su trono dorado en la cima de Nueva Jerusalén.

CÁMARAS [SE48]

He instalado un completo sistema de cámaras de vigilancia en mi casa. Monitorizo desde la puerta de entrada hasta el cuarto de baño. Treinta y dos cámaras colocadas con la precisión de un relojero, siempre en movimiento, siempre grabando.

Vuelco todas las grabaciones, después las veo. Mientras lo hago, las cámaras siguen grabando.

Ayer volví a ver al otro hombre junto a mi cama, de pie, en una de las cintas. No puedo ver su rostro, a pesar de que he tomado imágenes desde varios ángulos. ¿Por qué sólo aparece en las cintas? ¿Por qué no puedo verlo?

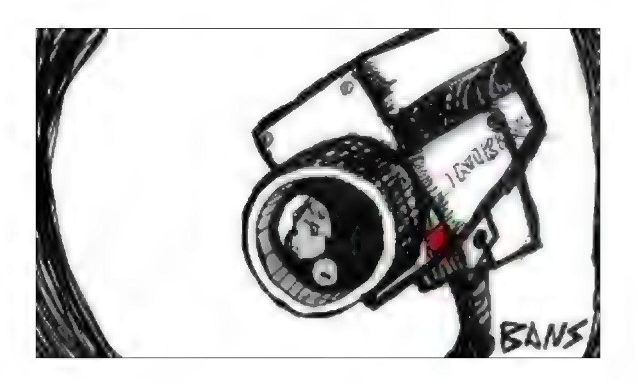
Ignoro quién es, pero necesito saberlo.

Y pronto.

Hoy le he descubierto sentado junto a mí en el sofá al revisar la película de la cámara del salón. Y ha pasado su brazo por mi espalda mientras veíamos las cintas.



RESPUESTA [FR48]



feedback
1 *noun* TECHNICAL retroalimentación *f*, retroacción *f*.
2 *noun figurative* reacción *f*, respuesta, impresión *f*.

Cierro los ojos al mismo tiempo que inserto la clavija del *jack* en su ranura. Empiezo a meditar, tratando de enfocar mi mente en un punto indefinido, más allá de la lente de la cámara. Palpando la superficie de la mesa de mezclas, busco el control del volumen del *master*. Un silbido apagado pero agudo surge de los altavoces, subiendo poco a poco en su tono agudo.

Espero. El tiempo pasa. Yo sigo con los ojos cerrados, pensando en eso que está más allá de la cámara. Más allá de la lente. Más allá de todo. Incluso de la propia vida.

De repente el silbido cambia, se vuelve entrecortado. Siento una caricia helada recorriendo mi espina dorsal. El terror exhala su aliento gélido en mi nuca.

Abro los ojos y contemplo el monitor, situado a mi izquierda. En él, ocupando una de las esquinas, está mi propio rostro. Junto al monitor, en su trípode, la cámara que me enfoca sin cesar. Por otro lado, situada a mis espaldas hay la otra pantalla. Es enorme, tanto que ocupa toda la pared a mis espaldas y muestra lo que la cámara capta. Así, a través de un proceso de *feedback*, en el pequeño televisor que tengo delante veo mi rostro repetido una y otra vez, siempre un poco más pequeño.

De los altavoces empieza a surgir un apagado murmullo. Subo el volumen, pero resulta ininteligible.

Tengo configurado el circuito cerrado para que aparezcan veinte pequeñas pantallas, una dentro de otra. Veinte rostros, a cuál más diminuto. En las pruebas siempre aparecía solo o, como se diría, 'yo conmigo mismo'.

Sólo que ahora no. En la más pequeña de las pantallas hay algo oscuro. Parpadeo. Ahora está también en la segunda. Un nuevo parpadeo y esa sombra ha avanzado dos pantallas más.

Funciona, mi sistema funciona.

Ya está en la décima pantalla. Los rasgos aún no se pueden apreciar, envueltos en un velo de negrura.

Desconecto la cámara, apago los altavoces: el silbido cesa y el murmullo se extingue.

Le he traído. ¿A quién? No lo sé, pero sin duda esa presencia no podía estar allí. Y sin embargo lo estaba. Veo mi tesis cada vez más cercana: pruebas de la existencia de otra realidad.

Me levanto de la silla… y veo que no puedo. Algo me impide levantarme. Ni siquiera puedo mover la cabeza.

La cámara. Me mira. Su ojo ciego me apresa. Y entonces lo veo en el reflejo de la lente: mi rostro repitiéndose diez veces. Parpadeo: una de las imágenes desaparece. Quedan nueve. Ahora ocho…

La oscuridad se acerca. Y también el murmullo, dentro de mis oídos, incomprensible pero al mismo tiempo ineludible.

Siete, seis, cinco.

Cada vez restan menos reflejos de mi persona, y más de ese rostro envuelto en tinieblas, sin rasgos.

Sigo sin poder moverme. Ni un centímetro. Paralizado por la oscuridad de la lente.

Cuatro, tres, dos.

El rostro oscuro ya tiene casi el mismo tamaño que el mío.

Uno.

Cero.

El murmullo desaparece y escucho la respuesta. La respuesta a mi llamada.

Quiero gritar, pero no puedo.

Empecé, cuando apenas contaba siete años, comiéndome las uñas. Los profesores lo achacaron a los nervios, a mis malas notas, a los compañeros que me pegaban y se burlaban de mí.

Después, a los trece, ataqué los padrastros.

Me compré un set de manicura y me dediqué a recortar pequeños trozos de carne alrededor de la uña, que después me llevaba a la boca y devoraba con deleite.

Mis padres, mis amigos, mis novios, mis conocidos. Todos ellos me dijeron que debía dejarlo, exhibiendo sus ideas peregrinas como si de una exposición de arte moderno se tratara: afea tus dedos, te hace parecer infantil, demuestra tu estado de nervios.

A los veintidós me cercené la primera falange del dedo meñique, la freí con una cucharada de aceite de oliva y me la comí con patatas fritas.

Dejé un huesecillo mondo y lirondo, quebrado allí donde mis dientes habían sucumbido a mi voracidad.

He pensado mucho en todo esto. He leído libros acerca de razas que devoran a sus enemigos y se apropia de su alma, de caníbales que consumen carne humana como un vegetariano ensaladas de apio.

Yo no soy como ellos.

No siento interés alguno en la carne de los demás, ni siquiera en el aspecto sexual. Yo soy mi mejor alimento, el más completo y sabroso.

Hoy es mi cumpleaños. Prepararé un plato suculento con mi pie izquierdo, si puedo controlar la hemorragia.

DEVORADORES DE ALMAS **[FR49]**

Se dice que cuando un caníbal devora el corazón de un enemigo, con él se adueña de su alma. Lo malo es comprobarlo despertándose encerrado dentro de su cabeza.

VISITANTES [SE50]

Nuestras estatocolectoras llegaron al sistema tras eones viajando a través del universo. Hallamos un planeta rico en minerales, el tercero más cercano a su estrella. Tras determinar que no existían componentes nocivos en el aire y comprobar que no existía signo alguno de vida sobre la superficie, descendimos con nuestras naves auxiliares olvidando las precauciones.

Cometimos un error.

Al abandonar nuestros vehículos e internarnos en la noche miles de seres se abalanzaron sobre nosotros con ansia asesina. No entendíamos como nuestros escáners habían sido incapaces de detectarlos.

Después, cuando clavaron sus largos colmillos en nuestros cuellos y bebieron nuestra sangre, ya nada tuvo importancia.

Todos alzamos la mirada: la señal divina quebrantaba la oscuridad de la noche. Llevábamos siglos esperando la Escalera de Fuego. Su resplandor surgía de las alturas del cielo y descendía, recta y delgada, hasta lamer el horizonte. Ella nos llevaría de nuevo con los dioses, al hogar perdido.

Desmantelamos el poblado e iniciamos la peregrinación. La alegría del encuentro con los dioses espoleaba nuestros pasos. Los días se sucedieron uno tras otro, siempre presididos por la imponente presencia de la escalera. A medida que avanzábamos el calor se hacía más intenso.

—Se trata del fuego divino, purificador y sagrado —clamaba el sacerdote—. No temáis.

Así hicimos. No detuvimos nuestro caminar, ni siquiera cuando la plaga hizo acto de presencia.

—Es una prueba. Los dioses nos están poniendo a prueba. Persistid. Pero el propio sacerdote ya mostraba las huellas del mal: su piel supuraba, su pelo se caía, al igual que los dientes.

—Seguid —y con esa palabra nos abandonó.

Enterramos su cadáver y no cejamos. La columna de fuego estaba ya casi sobre nosotros. El calor se volvía casi intolerable pero no cejamos. La recompensa de los dioses estaba tan cercana…

El gráfico del planeta mostraba un tono amarillo brillante.

—Señor, el nivel de radiación es tal que, con los rudimentarios medios que disponen, no alcanzará niveles tolerables en por lo menos dos milenios.

El capitán estudió la pantalla y asintió.

—Perfecto. Que los motores dejen de apuntar a la atmósfera. Sitúen la nave en posición de salida: abandonemos este planeta de mierda. Según los archivos, aún deben quedar dos planetas rebeldes por encontrar y esterilizar.

